

M. Morera y Galicia



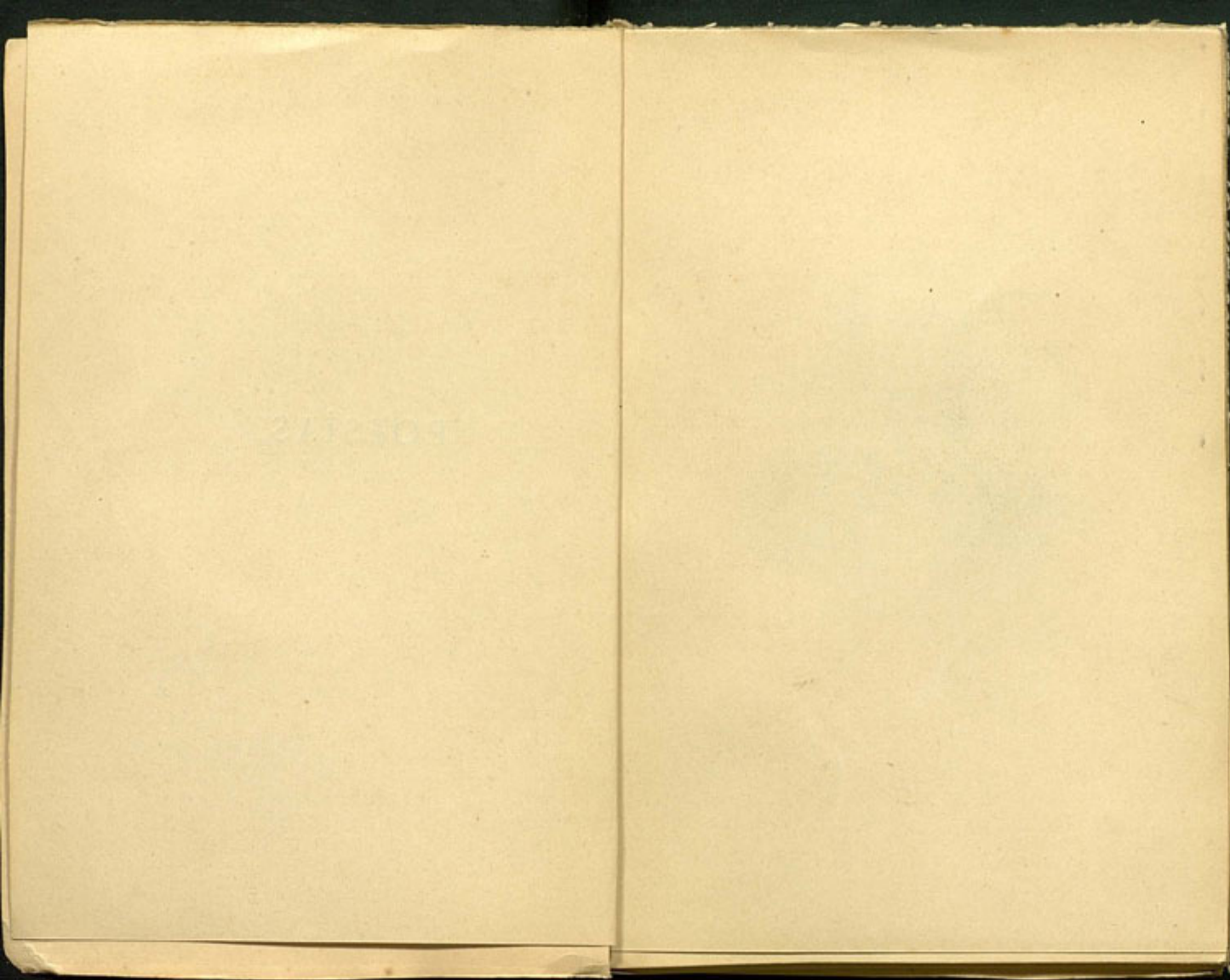
Poesias

Lérida, Mayo 1895

A-3

PSOL-5/0012

POESÍAS.





M. MORERA Y GALICIA

POESIAS

IMPRESA DE DON J. BARRA
1887

M. MORERA Y GALICIA.



POESÍAS

LÉRIDA:
IMPRESA DE SOL Y BENET
Año — 1895.

ES PROPIEDAD.

Sr. D. Magín Morera y Galicia.

Queridísimo amigo: Nuestro propósito y los deseos del público quedan satisfechos. Terminada la edición de las obras poéticas de V., tenemos el gusto de ponerla á su disposición como homenaje debido al inspirado autor y testimonio de nuestro personal afecto. Permita V., empero, que al pedirle que acepte benévolo nuestra ofrenda, le impongamos una condición. Recordando la repugnancia con que,

desconfiando de su propio valer, accedió V. á entregarnos los originales, nos asalta ahora el temor de que, por el mismo exceso de modestia, retenga V. amortizados los impresos, como lo han estado aquellos tanto tiempo. Exigimos, pues, que, sino por correspondencia á nuestro cariño, por respeto al público inteligente, ansioso de saborear lo que le hemos anunciado como fruto de exquisito gusto estético, deje V. que el libro tenga la mayor publicidad en el mundo de las letras, y que la crítica inteligente y sana lo conozca y lo juzgue.

Pase que los espartanos expusieran en el monte Taigeto á los recién-nacidos endebles ó deformes, para que no decayesen las energías físicas y morales de la raza; pase que los poetas noveles sigan el consejo de Horacio á

los Pisones, guardando en su cajón por largo tiempo las primicias de su ingenio, para corregirlas y limarlas antes de exponerlas á la pública censura; pero condenar á reclusión perpétua á hijos bellos y robustos destinados á ser la admiración y deleite de los que los contemplen, y legítimo orgullo del que los enjendrô, en el incongruente vagar de entre pleito y pleito, esto, amigo Morera, valdría tanto como un parricidio, que nosotros, amigos de V. y de las glorias de Lérida, no podríamos consentir, sin hacernos cómplices en cierto modo de este crimen literario. Riñanos V., si quiere, por haberlo evitado en cuanto de nosotros dependía; que de las reconvenções de V. es compensación anticipada y cumplida el aplauso con que Lérida ha acogido nuestro pensamiento.

La edición vá en forma modesta, acaso excesivamente modesta. Para ello hemos tenido en cuenta, de una parte, los deseos de V., que debían ser órdenes para nosotros; y de otro la consideración de que, á lo verdaderamente bello le sienta mejor, mucho mejor, la sencillez del atavío, que el brillo superficial de las galas ostentosas y llamativas.

La publicación de nuestro libro en estos momentos (y nuestro lo llamamos porque como tal lo queremos) tiene señalada oportunidad, no solo por coincidir con la fiesta religiosa y civil más popular de la ciudad, sino porque, de poco tiempo acá, se advierte en nuestra juventud una laudable tendencia á salir de su retraimiento y probar sus fuerzas en el vasto campo de las ciencias, de las

letras y de las artes. Generosa con ella la naturaleza, bale prodigado entendimiento claro, imaginación entusiasta, exquisita sensibilidad para apreciar la belleza, todas las cualidades, en fin, que preparan para educar el gusto y sobresalir en las variadas manifestaciones del arte; pero estas prendas se ven con frecuencia neutralizadas por la indolencia propia del que cree que le ha de sobrar tiempo para todo, por el temor á la censura de los Aristarcos que se complacen en matar las plantas tiernas en vez de favorecer su florecimiento, y tambien por la falta de estímulo de parte de los más obligados á ofrecerlo. En tales circunstancias, ó mucho nos engañamos ó el libro que vá V. á poner en manos de los jóvenes, ha de ser para ellos poderoso acicate que les haga sacudir la

inercia y les imprima la actividad, madre fecunda, que, bien dirigida y á la vista de modelos clásicos, no dejará de dar sabrosos frutos. Gocemos anticipadamente con la grata prespectiva de este resultado, y esperemos confiadamente que la juventud leridana no dejará que se desvanezca, y hará bueno por el contrario nuestro vaticinio.

Lérida, Mayo de 1895.

Miguel Ferrer y Garcés.—Ramón Soldevila.—Enrique Vivanco.—Francisco Prats y Cornell.—José Trueta Montardit.—Mariano Jaques.—Francisco Vidal.—Felipe Montull.—Manuel Pereña.—Federico Muñoz Maldonado.—Pedro Fuertes.—José Albiñana.—Miguel Agolet y Besa.—Manuel Miquel y Boix.—Ramón de Mazón.—José Porqueiras.—El Conde de Torregrosa.—Enrique

Nuet.—Mariano Aguilar.—Gaspar Lambea.—Cosme Ribera.—Genaro Vivanco.—Antonio Serra Mostany.—Domingo Sobrevals.—Luis Cardús.—Juan Campabadal.—Pedro Perez Castroveza.—Ramón Jené.—Pedro Antonio Ripollés.—Miguel Mases.—Juan Bergós.—Camilo Castells.—Luis Armengol.—José Plubins.—Francisco Bañeres.—Francisco Sagañoles.—Isidoro Arrufat.—Manuel Ribalta.—Francisco Cañadell.—Mariano Clua.—Enrique de Cárcer.—Evaristo Pons.—Buenaventura Foix.—Carlos Nadal Ballester.—Ricardo Huguet.—Martin Soler.—Francisco Malet.—Ramón Mestre Camps.—Luis Prim.—Raymundo Iglesias.—Federico Renyé y Viladot.—José Barberá y Lletget.—José M.^a Gras.—Francisco Ossé.—Ramón Sevina.—Joaquín Pocurull.—Modesto Reñé y Melcior.—Cayetano Puig y Boladeres.—Pedro Lasala Borderas.—Marceliano Gil Alvarez.—Ramón Serra.—Manuel Gimenez Catalán.—José Prats y Aymerich.—Francisco Gallart.—Juan Prats.—Juan Mor é Iglesias.—José Serret y López.—Ramón

Vilá y Teixidó.—Román Sol.—Miguel Agelet y Gosé.—Ramón Aige.—Juan Rovira y Agelet.—El Casino Principal.—Luis Plubins.—Mariano Perez.—José O. Combelles.—Joaquín Bañeres.—José M.^a Vicens.—Mariano Torres.—Antonio Torres.—Eusebio Belli.—Juan A. Inglés.—Francisco Fontanals.—Anastasio Florensa.—Francisco Gómez.—Joaquín Vilaplana.—Cándido Jover.—Sebastián Petit.—Eduardo Zaragoza.—Juan Llorens.—Dionisio Soler Arrugaeta.—Luis Corbella.—Francisco Toneu.—Francisco de Asis Masferrer.—José Derch.—Tomás Babiera.—Miguel Fontanals.—Ignacio Puig.—Antonio Gil de Palacio.—Jaime Benet.—José Sol Torrents.

DEDICATORIA.

Dos cosas brillan por igual en la precedente carta de mis paisanos y amigos: su amor á las letras, y el cariño con que me distinguen.

Lo primero, en sí mismo lleva el premio; porque nada enaltece tanto como los amores nobles.

Lo segundo es deuda mía de gratitud, de tanta monta, que aunque ponga á empeño todos mis afectos, no bastan á saldarla entera de una vez.

Reciban á buena cuenta la parte que aquí les consagro, dedicándoles éste libro, seguros de que el resto se lo iré yo pagando mientras viva.

MAGÍN MORRERA Y GALICIA.

ILUSIONES Y MARIPOSAS.

I

Ya que á ti no te basta ser hermosa,
gala y prez de la ciencia prodigiosa
que estudian sin cesar todas las feas;
sino que, ingrata con tus dones, quieres,
por ser fiel al blasón de las mujeres,

mostrar que tú también eres curiosa,
 y ansiosa te recreas
 en jugar al volante con ideas
 y en saber el porqué de cada cosa,
 ahí vá, querida Rosa,
 la historia de dos seres peregrinos
 que son de la ilusión encarnaciones,
 y en ella te diré por qué caminos,
 y tú descubrirás por qué razones,
 són, han sido y serán las ilusiones,
 unas reinas de trágicos destinos.

II

Sabe, pues, que ni alegres ni más bellas,
 no hubo nunca otras dos cual lo eran ellas.
 La una, á puro rubia, era dorada
 como ilusión de niño,
 y la otra era blanca, azucenada:
 un compuesto de nácar y de armiño,
 con un poco de tinta sonrosada.

Los ojos de la rubia eran dos ojos
 de esos que, con mirar, curan enojos,
 de esos que son del alma puerta franca:
 y eran negros los ojos de la blanca.
 No encuentro otras señales
 que distingan hermanas tan iguales
 en la gracia, bondad y donosura,
 en el afán travieso
 de lucir su lindísima figura,
 muy loquillas—hermanas hasta en eso,—
 pudiendo compararse, cada una,
 con un rayo de sol y otro de luna.

III

Dirás, pensando en tí, que dos palmitos
 cual esos que te pinto, tan bonitos,
 no vienen á la tierra
 como ángeles de paz, sino á dar guerra,
 y aciertas, pues hicieron mil conquistas;
 pero del mundo á la opinión sujetas,

motejéronlas, unos, de coquetas;
 otros, con sorna, las llamaron listas;
 —No, son hadas—juraron los poetas;
 mas yo sé la verdad: esas hermosas,
 no eran más que dos pobres mariposas.

IV

El lindo oficio de esos lindos seres,
 tú bien sabes cual es: vivir volando,
 como muchas mujeres,
 allá en la copa de un clavel posando,
 aquí tomando el sol sobre las rosas;
 gozar, jugueteando entre las flores,
 los más finos olores,
 dignos de perfumar las más hermosas;
 mirarse en una gota de rocío,
 pues es su tocador cualquier hojita,
 y áun de alguna se cita,
 —á mí me lo han contado, no lo fio,—

que dijo ante ese espejo, cual si fuera
 una mujer cualquiera:
 —¡Qué bella soy!.. qué bella soy, Dios mío!—
 más solo un punto fué: tendió las alas,
 corrió como una loca por la huerta,
 quedándose, admiradas de sus galas,
 todas las flores con la boca abierta,
 y alguna, de envidiosa, medio muerta.

V

Así las dos hermanas,
 de su belleza y juventud ufanas,
 gozaron sin zozobra ni medida
 de la estación florida,
 como tiernos capullos femeniles
 que empiezan á soñar y amar la vida,
 y tienen por eternos los Abriles;
 pues sé de buena fuente,
 la misma en cuya linfa transparente
 hallaron muchas veces tiva copia

de su belleza propia,
 que en Agosto y Septiembre, como en Mayo,
 apenas despuntaba el primer rayo
 del gran despertador que hay en los cielos,
 abrian una y otra los ojuelos,
 daban al cuerpo un restregón nervioso
 que era al par su *toilette* de alas y antenas,
 y ya desde aquél punto, bella Rosa,
 ni se daban reposo,
 ni hacían otra cosa
 que embriagarse en el éter aromoso
 de lirios y jazmines y azucenas;
 andar volando, de una flor, á un poyo;
 del poyo tomar vuelo,
 y remontarse en espiral al cielo;
 bajar después, juntitas, al arroyo,
 batir las alas junto al agua pura,
 seguir, haciendo giros, la corriente,
 y después de este baño en el ambiente
 empezar otra vez tanta locura.
 Hasta que—era otoño, el sol se hundía—
 una racha de viento
 separólas brutal en un momento,
 y no se vieron más desde aquel día.

VI

Sigamos á la blanca. El torbellino
 la llevó sin saber por qué camino.
 Medrosa y azorada
 de tanto abrir los ojos sin ver nada
 en los senos del turbio remolino,
 quiso cortar el viento;
 mas fué vano su intento:
 sus alas se encogieron, se doblaron,
 al cruzar unas zarzas se enzarzaron,
 y allí quedó entre pinchos suspendida,
 prisionera y á más casi sin vida.
 No importa precisar si fué muy largo
 ó corto el tiempo del fatal letargo.
 Por fin—¡Ah! ¿dónde estoy?—la prisionera
 dijo, cuando el sentido recobraba,
 de la misma manera
 que en tiempos más románticos se usaba;
 y en el primer instante,

ella que en todo buena fé ponía,
 al hallarse delante
 de otras cien mariposas, la alegría
 más intensa sintió y alborozada
 tendió á volar, pero se halló encerrada.
 —¿Quieres huir, hermosa?.. ¡ya eres mía!—
 se oyó una voz adusta que decía.
 «Ha sido brava caza
 para quién ama como yo tu raza.
 No temas, lepidóptero gracioso,
 insecto peregrino,
 yo haré que sea ilustre tu destino;
 tendrás lugar honroso
 en mi gran colección, digno museo
 de un Humboldt, de un Buffón ó de un Linneo.»
 Dijo el sabio. Y con aire complacido,
 repitiendo entre dientes «no, no temas,»
 agarró al insectillo entre sus yemas,
 púsole en una tabla bien tendido,
 hincóle un alfiler, y atravesado
 en la tabla dejóle bien clavado,
 diciendo al infeliz—«Ya estás servido.»
 ¡Ah si aquél pobre ser, allí inmoldado
 en aras de la ciencia, hubiese hablado!

Al vibrar de sus músculos sutiles,
 maldiciones á miles
 lanzara contra aquella horrible ciencia
 que no retrocedió ante la inocencia!
 Pero nada, no habló; la sin ventura
 sufrió como una mártir su tortura,
 mientras el sabio, de aquél crimen reo,
 tomando un tarjetón, en un instante
 le puso este epitafio altisonante:
Papilio mnemosine de Linneo.

VII

No quiero ni un momento
 pararme en este punto de mi cuento.
 No quiero con mis tristes reflexiones
 excitar esa máquina asombrosa
 de la muger sensible que hoy se estila,
 por virtud de la cual las emociones
 se traducen en fieras convulsiones,
 el pecho, más que entraña, es una pila.

el alma está en los nervios, y no es cosa
de hacer, sensible Rosa,
que leyéndome tomes mucha tila.
Deja, pues, á la blanca ya enterrada,
y vamos á la rubia, que empujada...

VIII

...¡Qué viaje!... Lo confieso:
si alguna vez, soñando,
algo pedí, fué eso:
poder el mundo recorrer volando
y no entre tablas preso;
correr sobre los rails de mis anteojos
sin tanta prosa ni molestia tanta,
y allí donde llegara con mis ojos
que pudiese poner mi libre planta;
ver lo que pasa en la región ignota
en que el trueno retumba, el rayo brota,
la nieve en copos cuaja
ó extiende el iris su celeste faja;

cruzar el ancho mar como gaviota,
seguir la ola que en veloz carrera
dando tumbos se acerca á la ribera,
hasta que al fin se quiebra y se desata
en espuma de plata
como Frine soltó su cabellera...
y seguir... seguir siempre... aun más, ¡oh, cielo!
¡qué vuelo fué el mío! ¡qué gran vuelo!...
Mariposa, tú y yo somos pequeños;
menguados son mis sueños y tus galas;
tú que puedes volar, no tienes sueños;
yo que puedo soñar, no tengo alas!...

IX

Perdóname, sultana de las rosas,
la fuga de este arranque de lirismo.
Ya sé que ciertas cosas
no se deben contar ni áun á uno mismo,
so pena de excitar el humorismo
de esas turbas severas y juiciosas
que estudian en Atila el realismo.

Pero, en fin, mi pecado no me apura
 ni en verme absuelto he de poner empeño;
 ¿hay alguien, por ventura,
 que al pensar en tu cédica hermosa
 no diga que eres bella *como un sueño*?
 Pues esa es realidad que para el alma
 á toda realidad lleva la palma,
 y áun tengo, y te lo doy por cosa cierta,
 que aquí, después de todo,
 lo que anheles, estando más despierta,
 es que ya lo has soñado de algún modo.

X

Empujada la rubia, te decía,
 siguió toda la tarde de aquel día;
 hasta que, conducida por la racha
 y una puerta cruzando inadvertida,
 de un techo vió una llama suspendida
 y, leyendo á su luz, una muchacha.
 A ver si haces memoria. El insectillo
 quedóse fascinado por el brillo

de aquella linda cosa
 que en su vida no vió la mariposa.
 Era un sol, pero sol en miniatura,
 de tibios resplandores,
 cambiante y siempre bello en su figura,
 y dulce hasta tal punto en sus fulgores,
 que mirar frente á frente se dejaba
 y los ojos al verle no abrasaba.
 Así por largo espacio estuvo quieta
 bebiendo de la luz la hermosa vida,
 hasta que, fascinada, seducida,
 lanzóse hacia la luz como saeta;
 mas sus alas rozaron
 la frente de la joven, la asustaron,
 cerró el libro, se alzó, miró azarosa,
 y al grito que ésta dió, la mariposa
 dando á su curso un quiebro, con donaire
 empezó mil carreras por el aire.
 Tan pronto se acercaba,
 de la luz atraída,
 como al ver á la niña en rauda huida
 de la luz se alejaba,
 para luégo volver y escapar luégo,
 siempre volando de la niña al fuégo.

Había todo un drama
 en aquella porfía casi juego:
 el seductor, la llama;
 objeto codiciado
 de la voraz pasión, el lindo alado;
 y en medio de los dos, de afanes lleno,
 tú podías pasar por ángel bueno.
 Y así fué prosiguiendo aquella escena,
 digna de un cuento de hadas,
 en que tú combatías con miradas
 y suspiros de intensa y noble pena,
 el afán de aquél ser de alas doradas,
 que cuanto más veloz huía el fuégo,
 más veloz á la luz tornaba luégo,
 ansioso de abismarse
 en la llama, y besarla y abrasarse;
 hasta que andando el amoroso juégo,
 y creciente el amor, gérmen del drama,
 el ángel se durmió, y venció la llama;
 pues de tejas abajo ya está visto
 que no siempre el más bueno es el más listo,
 y en eso de dormir, duermen los jueces,
 y aún se duermen los ángeles á veces.

XI

La rubia, ya lo ves, murió de un beso;
 y á su inocente hermana,
 confiada y sencilla hasta el exceso,
 la dió muerte y pasión la ciencia humana.
 Ahí tienes, bella Rosa,
 la historia de dos seres peregrinos
 que son de la ilusión encarnaciones;
 sacia en ellos tus ansias de curiosa;
 y pues yo te indiqué por qué caminos,
 á ver si alcanzas tú por qué razones
 són, han sido y serán las ilusiones,
 unas reinas de trágicos destinos.

LA NOCHE DE JUAN SOLDADO

*Desde el campo de maniobras,
á 21 de Octubre de 1892.*

Con una noche interminable y fría,
el cuerpo sin calor, los piés sin calma,
te escribo estos renglones, madre mía,
por ver si al menos me caliento el alma.

No sé cuántas hogueras he corrido,
 pues todo el campamento es paja ardiendo;
 y así paso las horas aterido,
 y á humo de paja por doquier oliendo.

Humo grato que trae á la memoria
 las mieses y pajares de mi tierra,
 envueltos en el humo de la gloria,
 que dicen que es el humo de la guerra.

Y algo debe de haber, pues te aseguro
 que ser soldado no es cuestión de nombre;
 la patria es más que el pueblo, y me figuro
 que sirviendo á la patria, soy más hombre.

Si llevo á general... ¡Oh, madre mía!
 perdona mi ambición si te dá enojos,
 pues toda mi ambición... es que querría
 que te besara un general los ojos,

Y hacer á Filomena generala;
 y con ella excelente y yo excelencia,
 verte abuela, bullendo en la antessala,
 como escolta de honor, tu descendencia.

Lo que es que el soldo de gloria en que soñamos,
 de cien soldados cien, aún no asoma;
 pues en esta campaña en que ahora estamos,
 salvo el hambre y el frío, el resto es broma.

Un toque de clarín, en este instante,
 corta el discurso de mi charla vana,
 con la voz agudísima y vibrante
 que tiene el primer toque de diana.

Y á poco, cual los gallos en la huerta,
 después del primer toque, se oyen ciento,
 entre el vago rumor con que despierta
 la colmena marcial del campamento.

¡Qué hermoso despertar!.. El rumor crece...
 ruidos por doquier, voces de mando,
 relinchos, trompeteo... Esto parece
 un mónstruo que se está despezando.

El día, con gracioso titubeo,
empieza á derramar su luz curiosa;
arriba palidece el centelleo,
y abajo cobra vida cada cosa.

Y entre el vaho nocturno y la humareda
que aun sigue despidiendo tanta llama,
se forma una neblina, que remeda
un campamento entre algodón en rama.

Los toques se suceden... crece el ruido...
la punta de columna rompe marcha...
Salgo á ver, y contemplo sorprendido
todo el suelo con sábana de escarcha.

Sobre el cual la columna se dibuja
con andar y cambiantes de culebra,
que aquí lo angosto del camino estruja,
y allá la vuelta de algún monte quiebra.

Por fin, te he de dejar: mi regimiento
á seguir la columna se prepara...
y beso este papel, y beso al viento
por si llegan sus ondas á tu cara.

Que te digan también, pues se lo encargo,
que en volver al lugar cifro mi empresa,
y que el fusil que sobre el hombro cargo,
mas que en los hombros, sobre mi alma pesa.

El sueño que soñé, solo fué sueño:
el frío hace soñar cosas extrañas;
mas ya me veo al sol, y soy pequeño,
con un amor muy grande en las entrañas.

¡Adiós! y de los besos que te envío,
dále alguno en mi nombre á Filomena...
y díla que al llegar el nuevo estío,
con la vuelta de Juan, saldrá de pena.

LA EXPERIENCIA.

I

Deteniendo un instante el torpe paso
de unas piernas que andaban á su ocaso,
(como el sol que á la vista se ocultaba,)
un abuelo á su nieto así le hablaba:

—No tiene, por fortuna, la riqueza,
 la llave del arcón de la alegría,
 ni es ésta, para el hombre, mercancía
 que se venda á millón ó á real la pieza.
 Así se ven hogares
 de rumbo interior, de oro cubiertos,
 que aun con oro y estufas están yertos;
 en tanto que en pobrisimos ajuares,
 solo al trabajo abiertos,
 al sol y á las amantes afecciones,
 la dicha complaciente
 fabrica dulcemente
 un nido en que se abrasan corazones,
 aun sin fuégo de estufas ni millones.
 Y si alguno te dice, en contra de eso,
 que el mundo solo halaga al poderoso
 y que aquí, lo mejor, es ser un Creso,
 no lo creas, muchacho, no lo creas
 aunque tú, por defuera, así lo veas:
 lo que importa en el mundo, es ser dichoso.

—¿Y eso qué es, abuelito?—dijo el nieto,
 mirándole á la cara

con el aire infantil más indiscreto;
 y ante aquella pregunta corta y clara
 que pedia respuesta de repente,
 el viejo, muy turbado,
 quedóse unos instantes abismado
 pasándose las manos por la frente.

—¡Vaya usted á resolverle á ese chiquillo
 un punto colosal... de tan sencillo!—
 pensaba el pobre abuelo
 con los ojos clavados en el suelo.
 —La dicha,—por fin, dijo,—el ser dichoso,
 no consiste en poder, dinero ó ciencia;
 es guardar los sentidos en reposo
 y limpiar la conciencia.
 La dicha, en la aritmética corriente,
 es la suma que dá el placer gozado;
 mas esa cuenta miente,
 por que suma apetitos solamente;
 y ese placer sumado,
 ó es fantasma embustero, ó es pecado.»

Aun prosiguió el abuelo
largo rato su plática severa,
pretendiendo explicar de qué manera
se consigne la dicha en este suelo,
y otra cosa mejor, allá en el cielo.
El mozo, embebecido,
temiendo que las puertas del oído
no diesen al sermón bastante puerta,
lo estuvo oyendo con la boca abierta:
hasta que, terminando,
dijo así dulcemente el moralista:
—«En el mundo en que ahora vas entrando,
jamás pierdas de vista
este resumen de mi vida larga:
la ambición, es Talión del ambicioso;
no huyas nunca el deber por ser penoso,
ni dejes la verdad por ser amarga.
Y si prueban un día en tí su oficio
de serpientes traidoras las pasiones,
recuerda este final de mis lecciones:
¡la dicha, casi siempre, es sacrificio!
Ahí vá toda la ciencia
con que puede ayudarte la experiencia
de un viejo por los años cuarteado,

y basta de sermón. ¿Te has enterado?»
El nieto hizo que sí, con la cabeza;
pero el viejo era ducho,
y al leerle en la cara, con certeza,
que no le comprendió poco ni mucho,
—«¡Ah señor! murmuraba:
¿por qué no ha de saber ese que empieza
lo que lleva aprendido éste que acaba!»

II

Se hizo hombre el rapaz. Pasaron años.
Con los años pasáronle mil cosas
que á él se le antojaron asombrosas,
y que hallaron vulgares los extraños,
siguiendo vulgarmente, como todos,
ya por senda florida, ya entre lodos,
el camino trazado á su existencia;
y entonces, del abuelo ya muy lejos,
recordó la experiencia y los consejos,
vió que no es gran cosa la experiencia

si solo es predicada y no sufrida;
 pues tiene la pasión tan grande imperio
 sobre todos los actos de la vida,
 y vive tan rendida
 el alma á ese misterio
 que ofrece la región desconocida,
 poblada de visiones
 imán de las humanas tentaciones,
 que el hombre, de esas ansias siempre lleno,
 juzga solo por ellas lo que es bueno,
 toma por mar de dicha un espejismo,
 olvidase el juicio de sí mismo,
 y la loca pasión corre sin freno

•••

¿A qué contar la vida de aquél nieto?
 Se encierra en la vulgar biografía
 tuya, lector, y mía:
 mucho afán derrochado en torpe objeto.
 Solo quiero añadir—pues no es secreto—

lo que el nieto decía una mañana,
 al verse en el espejo
 mustia la frente y la cabeza cana:
 «¡Pues señor—murmuraba,— ya soy viejo!...
 Mi copia en este espejo es triste copia!
 ¡Ay abuelo, comprendo al fin tu ciencia!
 Mas también aprendí, por mi experiencia,
 ¡que solo sirve la experiencia... propia!»

LA ARAÑA.

Cuenta el insigne Buffón,
entre mil cosas extrañas
de esta asombrosa creación,
que tienen gran devoción
por el arte, las arañas.

Su vivienda es el desván,
 las ruinas abandonadas,
 y allí silenciosas van
 tegiendo velos que dan
 ideas de cuento de hadas.

Fabrican, sin competencia,
 redes á cuya presencia
 las humanas quedan toscas,
 pues son colmos de paciencia
 del arte de cazar moscas.

De sus hilos, no hay que hablar;
 hay cable de copa á copa,
 que tiene más que admirar
 que el que cruza el ancho mar
 entre América y Europa.

¡Y cuánta envidia no dan,
 desde este mundano afán,
 columpiándose en su lecho,
 suspendidas en el techo
 del rincón de algun desván.

Pues de ese sér peregrino,
 de tan oscuro destino,
 es de quién se ha averiguado
 que es un grande aficionado
 el llamado *arte divino*.

Apenas se esparce el són
 de algun acorde instrumento
 qua llegue hasta su rincón,
 se le vé presa al momento
 de una viva conmoción.

Y abandonando su altura,
 vá hácia el són en derechura,
 bajando de un cable asido,
 y quedando suspendido
 mientras la música dura.

No hay péndulo más gracioso
 ni gimnasta prodigioso
 como la araña parece,
 cuando en las ondas se mece
 de aquél ambiente armonioso.

Hasta que al cesar el s6n
del arte m6s adorable,
emprende rauda ascensi6n
por el fant6stico cable,
y se vuelve 6 su rinc6n.

Yo no he llegado 6 indagar
si esto es verd6 6 no lo 6s;
pero s6 puedo jurar
que esta historia singular
la cuenta el sabio franc6s.

Y si es cierta, voto 6 tal
que el valer de ese animal
6 muchos lleva la palma,
pues hay mucho.... racional,
con menos vestigio de alma.

Yo me miro en sus acciones;
pues tambien en ocasiones
he puesto mi poca maña,
en tejer telas de araña
con urdimbre de ilusiones,

Que es la labor m6s ingrata
y 6 la vez la m6s bendita,
en que el alma se retrata
tegiendo la pobrecita
las redes con que se mata.

Pues ese perp6tuo anhelo
de hacer, con tegido vario,
velos que cubran el suelo,
se logra; aunque cada velo,
6 menudo es un sudario.

Mas no importa; seguiremos
los que de ar6as pecamos
tegiendo como tegemos,
y despu6s.... all6 veremos
si es verdad lo que soñamos.

En tanto, si brota el són
en cuyas ondas se baña
con delicia el corazón,
corro al arte—cual la araña,
y después, vuelta al rincón.

FANTÁSTICA.

I

Un pobre enamorado,
casi loco y de pena casi muerto,
huyendo de un amor que era un pecado
fué á enterrar su pasión en un desierto.

Y enteco, errante y azotando insano
 la tentación maldita,
 llegó á ser un fantasma casi humano
 con toques de demente y de eremita;
 pues cuentan los que vieron su quebranto,
 que á veces daba risa, otras espanto,
 y al cabo estuvo en poco
 que, en la duda de si era ó no era un loco,
 le tuviesen las gentes por un santo.

II

Cercado el pensamiento
 por turbas de fantásticas legiones,
 que agita, lanza y enbravece el viento
 de las grandes pasiones,
 y buscando al asedio una salida,
 cerró los ojos y se dió á la huida
 con furia irracional, desatentada,
 hundiéndose entre rocas y maleza
 todo él, en una pieza,

y así cortando la visión pasada
 como pudo cortarse la cabeza.
 Mas ¡ay! aunque el arranque fué suicida,
 no vió y esto es lo cierto,
 que las grandes pasiones de la vida,
 no dejan su guarida
 hasta que huele el corazón á muerto.

III

La ciencia estudia y escudriña en vano,
 fibra por fibra el corazón humano,
 buscando en esta máquina traidora
 qué fibra es la que ríe y la que llora:
 y con angusto vuelo
 que embellece sus nobles ascensiones,
 quiere llegar hasta rasgar el velo
 que oscurece la ley de las pasiones,
 esa ley que es el sér de la existencia,
 el pasmo de la vida,
 la flor que, entre malezas escondida,

revela su presencia
 envolviendo al que pasa con su esencia.
 ¡Todo inútil!—Dios hizo, porque quiso,
 colmando el esplendor del paraíso,
 dos seres que, en belleza y gallardía,
 encanto de color y noble traza,
 aún lucen en sus hijos, hoy en día,
 los timbres del autor de nuestra raza.
 Y puso, con su marca incandescente,
 un haz de pensamientos en su frente
 bajo corona de flotantes rizos;
 y puso en sus mejillas arbores,
 y en sus ojos la lumbré de los soles,
 y en su boca el panal de los hechizos.
 Con arte inponderable,
 que un día hizo perder el sueño á Atenas,
 fué tallando en el barro miserable
 sublimes curvas de esplendores llenas;
 mas también el buen Dios, al darles vida,
 fué arrojando al torrente de sus venas
 todo un mar de deseos sin medida,.....
 y sonrió el buen Dios, ante el portento
 de aquellas criaturas de su gloria,
 que en germen, impalpable como el viento,

llevaban en sus venas el tormento
 que agita desde Adán toda la historia.

IV

Corría el pobre loco enamorado,
 hasta caer rendido;
 y en la vaga quietud del despoblado,
 aguzaba la vista y el oído
 creyendo ver doquier, detrás ó al lado,
 que la visión surgía
 de la muger por quién el mundo huía.
 Y sintiendo las cosas más extrañas,
 á veces de pavor se estremecía,
 pensando que legiones de alimañas
 jugaban al amor en sus entrañas;
 y otras veces, lanzado á la carrera
 como acosada fiera,
 de pronto se paraba
 creyendo que en el bosque percibía
 rumores y ladridos de jauría,

que cuanto él más huía más ladraba,
 y el estupor crecía
 viendo que el monte, todo el monte, andaba,
 y airado, como á Mácbeth, le seguía;
 pues formando concierto de tormentos,
 blandían, para herir su alma turbada,
 su voz los elementos,
 cada estrella un acero en su mirada,
 reflejos misteriosos las corrientes,
 cuerpo las sombras, los peñascos vida,
 un nido de serpientes su guarida,
 y su pecho otro nido de serpientes.

V

«Mas ¡qué importa!—gritaba el desdichado
 queriendo á gritos espantar su pena;
 ¡qué importa este tormento, comparado
 con el tormento que mi alma llena!
 Aquí nada provoca
 la sed inextinguible

que despierta en los ojos y en la boca
 la fuente de un amor que es imposible.
 Aquí no está al alcance de mi mano
 aquella mano cuyo tacto abrasa,
 ni el imán de aquel cuerpo soberano
 que el alma se me lleva cuando pasa,
 ni vibra en mis oídos
 la voz que vertió lava en mis sentidos.
 El aire de estos riscos no transporta
 ni el polvo que yo adoro de su huella....
 ¡aquí nada habla de ella!....
 —y terminaba: lo demás ¡qué importa!
 Y ese altivo *qué importa* repitiendo,
 volvía á sus carreras, siempre huyendo
 de un ave, de una sombra, de un ruido,
 con marcha cautelosa
 de ladrón perseguido
 que vé un juez ó un verdugo en cualquier cosa;
 pues en plena ilusión ó ya demente,
 creía buenamente
 que el mundo entero, á su pasión ligado,
 había de vivir en el ambiente
 de aquella gran pasión que era un pecado;
 y así, como alma fuera de su centro,

aquí ciego, allí andando entre neblinas,
jugaba en el desierto á cuatro esquinas
con el fantasma que llevaba dentro.

VI

Deslumbran la memoria
las páginas que, en todas las edades,
han trazado las grandes soledades
en el libro tan triste de la historia.
El alma triunfante ha escrito al vuelo,
sobre el rugoso suelo,
con esa tinta santa
que es de rojo de amor y azul de cielo,
todo el psalterio en que la gracia canta:
el drama peregrino
en que, á solas luchando dos amores,
al fulgor de la fé vence el divino,
dejando el cuerpo muerto en un camino
cubierto de deseos tentadores.
¡Honor á esos atletas, vencedores
en las luchas del circo de la vida!

¡Honor á esa contienda sublimada,
regocijo de Dios, cuya mirada
de compasión henchida,
blandiendo rayos y tejiendo palmas,
el barro del Eden vuelve á la nada,
y arriba hace otro Eden para las almas.
Así, día por día,
convierte, corregida, en otra nueva,
la vieja creación en que rujía
el deseo en las venas de Adán y Eva.
Y sigue y pasa enloquecida, en tanto,
la humana romería,
por el bosque de llamas que veía
aquél grande Agustín que fué un gran santo,
quedando entre sus fieras llamaradas
¡cuántas almas, Señor, nobles y hermosas,
que amando y del amor enamoradas,
y entre ilusiones del amor raras,
murieron abrasadas
como mueren de amor las mariposas!
¡Honor, pues, á las almas elegidas
que salieron triunfantes de la quema!...
Mas que nadie les niegue, á las vencidas,
la compasión suprema!

VII

También el eremita de esta historia
 escuchó, ó pensó oír, en ocasiones,
 el canto celestial de unas visiones
 que hablaban de triunfos en la gloria:
 visiones que flotaban vagamente,
 allá, en la más borrosa lejanía,
 movidas por un aire que esparcía
 perfumes de Tebaida en el ambiente;
 y al sentir el efluvio penitente,
 rasgaba sus vestidos,
 cubría de zarzales la cintura,
 y, á gritos maldiciendo sus sentidos,
 copiaba, servilmente, la postura
 de los santos que azotan sus ijares
 entre luces é incienso en los altares.
 Mas al cabo, rendido y desollado,
 veía con tristeza
 que al ángel del Señor no había dado
 el vigor triunfante á su flaqueza;

y el alma perseguida,
 asomándose á un cuerpo hecho girones,
 lanzaba con terror, por cada herida,
 el ¡ay! que en esta cárcel de la vida
 es la lengua vulgar de las pasiones.
 Y otra vez y otras muchas y otras ciento,
 lanzaba el pensamiento,
 desde el fondo del barro, hasta la cumbre
 en que luce la fé todas sus galas,
 y el barro con su impura pesadumbre
 no le dejaba ni aún tender las alas,
 exclamando con hondo desconsuelo:
 —«¡Jamás podré vencer en esta guerra!
 Los amores del cielo, ván al cielo,
 y á la tierra las plantas de la tierra.
 Brilla arriba, no sé, algo que asombra:
 me hiere su fulgor.. ¡el alma sube!..
 y al punto siento, no sé qué, una nube
 que apagando el fulgor me hunde en la sombra;
 pero sombra poblada de visiones
 que una mujer domina,
 con nimbo de atracciones
 que, como un cielo, mi razón fascina!»
 Y un viento de carnales apetitos,

pasando por su boca,
le hacía estremecer: y el alma, á gritos,
se le echaba á reir como una loca.

VIII

Al cabo aquel vivir, que era un cilicio,
y del desierto la virtud sedante,
cumplieron poco á poco con su oficio
venciendo las fierezas del amante.
Sus bríos se apagaron,
cesaron de la carne los rugidos,
y ya no atormentaron
rebeldías de fuego sus sentidos,
cayendo suavemente
en una especie de enfermiza calma,
cual si huyendo del cuerpo, antes hirviente,
hubiese ido á refugiarse el alma
en otro, de resortes ya gastados,
de fibra muerta y expresión raída.....
un cuerpo de los muchos que hay tirados
por esos muladares de la vida.

El que antes, en su afán, no hallaba modo
de huir un espejismo,
que, á su vez, le llevaba á huir de todo
para huir, sobre todo, de sí mismo,
fué á dar, como una piedra dá en el lodo,
en la torpe quietud que nada excita,
copiando—aunque al revés—su indiferencia,
el milagro de fé y de penitencia
que, con divino anhelo,
tuvo, en Siria, á Simeón el Estilita,
medio siglo de pié, mirando al cielo.
Y así el amante á la intemperie cruda
pasaba horas y horas, insensible,
más que hombre simulacro de una duda
que busca solución á lo invisible,
lanzando por el mundo una mirada
que ni mira, ni vé, ni busca nada;
pues ya flotando inerte
el alma, como un astro que se enfría,
sigue rodando hasta el caer del día
en que llega la hora de la muerte.

IX

¡Qué triste atardecer! La tarde es bella
 cuando muere entre notas soñadoras,
 y el beso de los rayos de una estrella
 vá enornando los ojos de las horas,
 para abrirlos sin fin á otras auroras.
 La tarde es bella, cuando el sol se lanza
 dejando en el ambiente
 el amor de la vida, la simiente
 de la flor más hermosa, ¡la esperanza!
 Pero es horrible el declinar del día,
 cuando envuelven su trágico descenso
 niebla gris, tierra muda, noche fría,
 y obscuro el dulce cielo, todavía
 con las sombras palpables más inmenso.

Tal fué el atardecer del alma aquella
 tostada en las hogueras del deseo,
 cuya abrasante huella,
 á modo de postrer chisporroteo;

le arrancaba palabras incoherentes
 apenas murmuradas entre dientes,
 y el nombre tan temido y tan amado
 de una mujer, mezclado
 con el feroz ahullido
 que le arrancó el pecado.....
 siluétas que cruzaban su retina
 con fulgores de llama mortecina,
 perdiéndose y brotando vagamente
 en la infinita niebla
 que el horizonte de la muerte puebla.
 Y al fin.... la llama palidece, oscila,
 dá un último fulgor su onda azulada,
 y en la yerta pupila
 se abre el fondo sin fondo de la nada.

X

Dejemos que la humana gusanera
 se deleite royendo á su manera
 los huesos de aquél muerto

que yace en un rincón del gran desierto;
 y en tanto que la gente,
 creyéndole ya un santo, ya un demente,
 se mofa de él ó le levanta altares,
 ó ejecuta ligera y sonriente
 mil juégos malabares
 volteando su nombre y sus pesares,
 dejad que mi alma de verdad ansiosa,
 asomándose al borde de una fosa
 que es el negro balcón del infinito,
 dé un adiós á aquella alma dolorida,
 que á los delirios del amor maldito
 juntó vislumbres de más alta vida.

XI

¿Qué fué de aquél espíritu? ¿Quién sabe
 del fiero enigma la espantosa clave!
 La vida es lucha, la victoria encanta,
 deslumbran los fulgores de la gloria,
 mas la estrofa inmortal de la victoria

quién sabe el que la canta!
 Quién sabe si hay, allá, en el éter santo,
 un sol con ministerio de consuelo,
 á cuyos rayos el cristal del llanto
 rompe en iris de amor que inunda el cielo,
 y en ascensión sublime
 por la espléndida gama de colores,
 ván las almas llevando sus dolores
 como ofrenda de amor que las redime!
 ¡Quién sabe si la vida,
 forjada en este duro tenaceo
 del tentador deseo,
 que es la flor de la carne enrojecida,
 surge después á la belleza suma
 con esplendores de marina espuma,
 más pura y blanca cuanto más batida!
 ¡Quién sabe!... ¡Quién lo sabe!... El cementerio,
 la sacra puerta con misterios cierra.....,
 y aún gracias que, en su triste cautiverio,
 el alma se arrebujá en el misterio
 huyendo del gran frío de la tierra!

¡CÓMO HA DE SER!

Me dices que te mueres porque ha muerto
el ángel de tu amor,
y que ya el mundo es para ti un desierto,
la vida un torcedor;

Que al mirar á través de la que lloras
sin ella el porvenir,
maldices de los días y las horas
que tardes en morir;

Que del mágico edén que el amor crea,
sólo te queda yá
el rincón del osario de tu aldea
en que enterrada está;

Y que allí, ante la fuente de tu duélo,
hallas placer cruel,
con ansias locas de escarbar el suélo
para enterrarte en él.

Ni pides luz al sol, ni al día galas;
y con delirio atroz,
me escribes no sé qué de alma sin alas,
de pájaro sin voz.

Para tí el hondo libro de la vida
no tiene más lección,
que el pedazo de tierra removida
que encierra tu ilusión.

¡Esa es la historia eternamente nueva!
Pero ¡cómo ha de ser,
si en plena juventud no hay hijo de Eva
que la sepa leer!

.

Yo sé de alguno—y á los dioses juro
que es cierto lo que sé,—
que también ha cruzado el antro obscuro
que tu amor se vé.

Las tardes del otoño, entristecidas,
á la poniente luz,
le vieron sobre tierras removidas
llorar junto á una cruz.

Manchas oscuras de hojarasca yerta,
con débil revolver,
sobre la tierra de la amada muerta
caían sin cesar.

Y todo era allí triste!—un alma en duelo,
 la hojarasca ruin,....
 y entre la muerta y el negruzco cielo,
 la soledad sin fin!...

.

Después, tendió su manto la nevada:
 blancura sin igual
 que á los rayos del sol brilla irisada
 cual polvo sideral.

Y al mirar tan purísima cubierta,
 hirióle la ilusión
 de que surgía de su amada muerta
 la blanca aparición,

Que en un rayo de sol, blanca y alada,
 brotando del no ser,
 ascendía sin fin, transfigurada
 en ángel la mujer;

Porque es cosa vulgar que en todo amante,
 áun el más infeliz,
 hay algo de aquel fuego con que el Dante
 idealizó á Beatriz.

Lo que es que un sér mortal idealizado,
 deja de ser mortal....^{*}
 y en clínica de amor ya es'á curado
 quién ama en lo ideal.

.

Pasó la nieve; y al llegar de Mayo
 aquél dulce calor
 que cuaja misterioso en cada rayo
 una esperanza en flor,

Vió el amante florido el triste osario,
 y en torno de la cruz,
 cada flor parecía un incensario
 de amor hacia la luz.

Y entre flores y aromas y quimeras,
pasando fué ¡ay de mí!
lo que tú pasarás aunque no quieras,
pues Dios lo quiere así.

•••

Las flores que tus manos colocaron
en la adorada sién,
son hijas de las flores que brotaron
en el primer Edén;

Y el ruiseñor que escuchas, ha aprendido
su canto seductor,
del ruiseñor aquél que hizo su nido
junto al primer amor;

¡Y ya ves qué de inviernos han pasado,
qué de centurias ván,
sin que haya su belleza abandonado
esta casa de Adán!

Pues así de la vida el breve vuélo
se abate ante el dolor,
sin ver que cada flor que mata el hiélo
es germen de otra flor.

De amor nacida y para amar creada,
irá de cruz en cruz
el alma, que es la eterna enamorada
de todo lo que es luz;

Y á cada muerto amor, nuevos amores
su fé despertarán,
y otra vez los divinos ruiseñores
sus bodas cantarán!

¿Lo dudas? ¡No lo dudes, que está escrito! ..
Pero ¡cómo ha de ser,
si el amor, cuando llora, es un bendito
que no sabe leer!

LA NOCHE DE REYES.

I

—•Creéd, como en el sol que está alumbrando,
que son los Reyes Magos con su gente
los que ván esta noche caminando,
guiados por la estrella refulgente
que á Belén los conduce desde Oriente.

Y creéd que son ellos,
 los que, al rayar la aurora,
 envueltos en ropages los más bellos
 cruzarán todo el mundo en una hora,
 derramando sin tasa
 cuanto dulce y juguete el mundo encierra,
 sobre todos los niños de la tierra,
 ya vivan en palacio ó pobre casa.
 Así un buen cura de lugar decía,
 con gesto paternal y voz tardía,
 á un grupo de arrapiezos
 que atajaron su paso muy traviosos
 al volver ayer tarde á la abadía,
 moliéndole á cuestiones
 y las manos comiéndosele á besos
 y el manteo quitándole á tirones.
 —¿De veras, señor cura?
 gritaban los muchachos.—«Si, hijos míos,—
 decía el sacerdote con dulzura;
 «id á casa, y cenad; luégo, dormíos
 rezándole á Jesús que os haga buenos;
 y al despertar mañana,
 no hay duda que hallareis en la ventana
 de algún presente los zapatos llenos.»

Con ésto aquellos ángeles pringosos,
 sintiendo yá los dulces arrebatos
 de pastas y turrónes,
 y pensando no más, los muy golosos,
 que en llenar de zapatos
 ventanas y balcones,
 dispersáronse armando gritería
 como alegre bandada de gorriones,
 en tanto que el buen párroco decía
 alzando el llamador de la abadía:
 —«¡Dios quiera que los Magos
 sólo repartan esta noche halagos!
 ¡que sólo den sin tasa
 esperanzas y amor, miel verdadera
 de tanto pobrecito como espera!»
 Y el cura se entró en casa,
 repitiendo entre dientes—«¡Dios lo quiera!»

II

Armando chillería se acostaron
 los chicos que al buen cura acometieron,

y apenas se acostaron, se durmieron;
 y apenas se durmieron, ya soñaron.
 Debajo de la manta acurrucados
 y hecho el cuerpo un ovillo, por su mente
 cruzaron en visión resplandeciente
 de séquito lucido acompañados,
 los tres Reyes de Oriente;
 y vieron sus camellos
 de largas gibas y encorvados cuellos,
 llevados de las riendas por un paje
 de cara negra y pintoresco traje.
 Detrás, en cola larga,
 que en brumas se perdía allá á lo lejos,
 seguían con vistosos aparejos
 los camellos de carga,
 los bagajes reales, que encerraban
 en panzudas banastas los presentes
 que todos los chiquillos aguardaban,
 sintiéndose ya el gusto entre los dientes.
 Arriba, en el zenit, resplandecía
 una estrella de mágicos destellos;
 á su luz misteriosa parecía
 que los Reyes, los pajes, los camellos,
 radiantes de hermosura,

tuviesen el perfil de plata pupa.
 Y el sueño venturoso
 prolongando sus mágicas visiones,
 hizo de cada niño un poderoso,
 llenando sus sencillos corazones
 de un bálsamo dichoso,
 que luego busca el hombre sin reposo,
 y no le dán jamás sus ambiciones.

III

Con el alba, la voz del campanario
 llamó festivamente al vecindario.
 El templo, débilmente esclarecido
 por una vieja lámpara y dos velas,
 pronto se vió invadido
 de cristianas abuelas,
 que, dando de piedad madrugadora
 un saludable ejemplo,
 entraron con sus nietos en el templo.
 Y apenas terminarlo

el santo sacrificio de la misa,
 los muchachos, con aire alborozado,
 salieron á la calle á toda prisa,
 ansiosos de contar hasta á los gatos
 lo que habían hallado en los zapatos.
 —¡A mí, tortas de huevos!
 —¡A mí, zapatos nuevos!
 —¡Pues á mí me han traído
 gritó el pequeño alcalde, alzando el gallo,
 ¡turrónes, vino blanco y un vestido!
 —¡Qué vale!—¡Más que tú!—¡A mí un caballo,
 con estribos de plata,
 con riendas de verdad y larga cola!
 —¡Pues á mí una pistola....
 —¡Que no tira!—¡¿Qué nó?—¡Si es de hojalata!
 —Pues mi abuelo me ha dicho que hasta mata!
 —¿Quién habla de matar, Dios soberano!
 se oyó la voz del cura
 que al grupo interrumpía con dulzura;
 y al verle fueron todos de corrido
 á besarle la mano,
 repitiéndole á gritos la ventura
 que al saltar de la cama habían tenido.
 —¿No os lo dije?... Sed buenos,

y ya vereis los Reyes... Mas, ¿quién llora?
 —Es Pepín!—¡¿Qué tenemos,
 que ya vienes con llantos á esta hora?
 Anda, dílo y el cura le dió un beso.
 «Le has hecho á tu mamá alguna perrada,
 y los Reyes por malo... por travieso,
 no te han traído nada?»
 —¡No señor!—¡¿Qué, no es eso?—No... no es eso...
 es que mi madre llora.»—¡¿Qué le pasa?
 —Yo no sé... qué se yó!... Dice mi abuelo
 que ha estado un ángel esta noche en casa,
 y á mi hermanita se ha llevado al cielo!...»
 —¡Santo Dios .. qué amargura!
 ¡Qué dolor, pobre madre!—exclamó el cura
 con dolorido acento;
 y al verle los muchachos contristado,
 se miraron callados un momento
 yéndose cada uno por su lado.

MARINAS LEQUEITIANAS.

1

En frente, desnudo islote;
A un lado, arenosa playa;
y la cruz de la Atalaya,
A izquierda, sobre un peñote.

Mar adentro, mucha bruma;
 hacia tierra mucha luz,
 y en la playa mucha espuma,
 y espuma al pié de la cruz.
 Del islote á la Atalaya,
 dando al mar puerta de roca
 que su furor pone á raya,
 extiende el puerto su boca;
 y entre uno y otro peñón
 se columpia el oleaje,
 con vaivenes de salvaje
 y rugidos de león.

II

Con todo el trape, bogando
 ligera sobre la charca,
 del puerto se vá alejando,
 como un pájaro, una barca.
 Y en su menguada guarida
 tres mozos y un viejo ván...

que ván á jugar su vida
 por un pedazo de pan.

III

Esparcidas en la bruma
 del horizonte, parecen
 ligeros copos de espuma
 ó aves que en el mar se mecen.
 Notas blancas que al azar
 mueve el viento coquetuelo,
 uniendo el azul del cielo
 con el verde azul del mar.
 Luégo, al venir la bandada,
 se convierte cada nota
 en una vela cuadrada
 sobre un cascarón que flota,
 y que al avanzar, tomando
 contornos la blanca mancha,
 vá en las ondas dibujando
 la silueta de una lancha.

Resbala la breve quilla,
 presto hundidá, pronto en alto,
 cubriéndose á cada salto
 con encajes de espumilla;
 mientras turgente la vela,
 que dócil se inclina al viento,
 con gracioso movimiento
 rozando las aguas, vuela.

IV

La tarde vá cayendo, el sol declina...
 parece que las aguas quedan solas;
 y al beso de la noche, ya vecina,
 se cubre todo el mar con la neblina,
 que es el traje de noche de las olas.
 Las barcas pescadoras ván llegando
 al puerto, ya en la obscuridad sumido;
 y, una á una las velas arriando,
 presurosas al puerto ván entrando,
 como vuelven los pájaros al nido.

V

Un farol que apenas brilla,
 entre dormido y despierto,
 más que alumbra, vela el puerto,
 cual nocturna lamparilla;
 y á los menguados reflejos
 de su débil claridad,
 se vén en la obscuridad
 fantásticos aparejos,
 que, á tientas y mal, dibujan
 con filo de luz temblona,
 cables, cascocs, jarcias, lona...
 muchas barcas que se estrujan...
 y unas vergas ondulantes
 que se mueven á compás,
 como péndulos gigantes
 en la sombra suspendidos,
 que le cuentan los latidos
 al mar, que ruge detrás.

VI

Los encantos del mar me solicitan
con voces seductoras;
mis ojos asombrados no se quitan
de verle á todas horas,
y del gozo de verlo no se ahitan.

En alta mar, allá, muy á lo lejos,
las nubes y la espuma
fundiendo sus dos reinos en la bruma,
se envían sus reflejos
cual de un mismo infinito dos espejos.

Y acá, junto á mis piés, con blando hechizo
vienen y ván las olas,
quebrándose sonoras en un rizo
de espumas, que Dios hizo
pensando en las mantillas españolas.

Miro avanzar las ondas anheloso,
poniendo el alma entera
en ir siguiendo su veloz carrera,
y el mónstruo tormentoso
ni á su afán ni á mis ojos dá reposo.

Y en calma ó en tormenta, noche y día,
oigo vibrar su acento,
como una voz de Dios, que Dios envía
envuelta en la poesía
más alta que concibe el pensamiento.

¡Oh mar! inmenso mar, lira gigante
de una canción ignota
que el oído persigue palpitante!...
quién te puede robar sólo una nota,
para oír siempre á Dios tiene bastante.

Lequeitio, 1891.

RAYO DE LUNA.

*Desde la terraza del
jardín de Uribarren,
en la costa de Vizcaya.*

I

Oye, condesa, la gentil quimera
que anoche me contó, sin duda alguna,
esa grande hechicera
que mira por los ojos de la luna.

Sólo al contarlo mi amor propio siente,
 que no pueda poner, en lo que cuente,
 algo siquiera de la luz de aquélla,
 que es para tantas almas la más bella,
 porque vén, ó creen ver, á sus reflejos,
 lo que sólo el misterio hace visible,
 y les hace tocar lo que está lejos,
 y les hace creer en lo increíble.

II

Has de saber.... Mas te diré, primero,
 pensando en tu jardín y en mi quimera,
 que guardes tu jardín con buen llavero;
 pues no siendo la luna la hechicera
 de anoche, juraría
 que anoche, con las brumas de la ría,
 penetró en tu jardín un hechicero.
 ¡Oh, sí! fué brujería
 de espíritus traidores
 con romántico empeño conjurados,

pues yo que tengo ya por anticuados
 los pujos soñadores,
 me sentía flotando en los vapores
 que producen los sueños azulados.

III

¡Espléndida ocasión! El alma humana,
 se esponja ante hermosura tan divina!
 Vergeles, clara luna, mar lejana
 rugiendo en la neblina;
 costa brava, dantesca, resonante,
 un islote perdido entre la bruma,...
 y aquí y allá, con nota vacilante,
 ya cascadas, ya ráfagas de espuma.
 Mucha luz, de esa luz que es luz apenas,
 de esa luz que transforma cuanto toca,
 de esa luz que hace blancas las morenas,
 y con numen de artista ó niña loca,
 vá tallando un fantasma en cada roca
 y en las ondas del mar finge sirenas!...

¿Lo ves?.. ¡me causa espanto!
 ¡aun corre el sortilegio por mis venas!
 La ría, el cielo, el mar... ¡Pero Dios santo!
 ¿qué te puedo contar si de ese encanto
 tienes, condesa, las pupilas llenas!

IV

Al pié del mirador que dá á la ría,
 cesan las olas, los bramidos cesan...
 sólo un rumor se oía,
 que abajo, en la penumbra, parecía
 claqueteo de labios que se besan.
 Y hacia el mar, con enérgico brochazo
 de sin igual bravura,
 el reflejo lunar hincaba un trazo
 de fosfórica luz, de plata pura...
 un reguero de luz tan seductora,
 que si te digo lo que pienso ahora,
 pasada la ilusión, caído el velo,
 casi estoy por creer que fué el señelo

con que atrajo mis ojos la hechicera,
 preniéndome en la red de la quimera.
 ¿Qué, te ríes? No importa; tu risilla
 no ha de causarme enojos:
 ¿qué culpa tengo yo de que los ojos
 se claven, como el alma, en cuánto brilla?
 ¿No ves que hasta las flores
 se muestran de la luz enamoradas,
 y ansiosas de beber sus resplandores,
 se agitan, como niñas deslumbradas
 por la luz que despiden sus amores?
 Y allá en la tierra ardiente
 del áspid que mató á la *gran gitana*,
 ¿no has oído contar que alza la frente
 un bronce colosal, que al sol naciente
 despide extraño són cada mañana?
 Pues esa vibración y aquél encanto,
 y hasta el espasmo santo
 del que siente inundado el pensamiento
 con luz de más allá del firmamento,
 revelan á su modo
 que este mundo brotó de una mirada,
 cuyo intenso fulgor dió vida al lodo
 con un alma, que es luz muy condensada!..

y así las cosas por la luz son todo,
como las almas sin la luz son nada.

V

Era una escena, al par, grande y sencilla:
Dios pinta así: á lo Dios: es su manera;
mas tanto su bondad en esto brilla,
que se deja copiar por un cualquiera....
que se llame algo así como Pradilla.
No era más que el reflejo de la luna,
partiendo en dos mitades
la negrura de aquellas soledades,
que el mar encanta con vaivén de cuna.
Pero fijate bién; y si no encuentro
la forma pura que encontrar quisiera
con que hacerte palpable mi quimera,
para verla mejor, mira hacia dentro,
hacia allí donde el alma recogida
levanta, en breve espacio,
el mágico palacio

que pueblan las quimeras de la vida...
Allí donde guardamos la memoria
de amores imposibles
con nombres de mujer ó luz de gloria,...
y allí se harán visibles
las cosas con que ayer, sin duda alguna,
me encantó la hechicera de la luna.

VI

Mira, pues:—en la sombra, hacia aquél lado,
se oye una voz que canta,
con ritmo quejumbroso, entrecortado,
con ese ritmo de remar que encanta.
Y en esa voz que de las sombras brota
derramando en la sombra sus acentos,
parece que han juntado, en cada nota,
la noche, el mar y el hombre sus lamentos.
Al eco del cantar, sigue el oído
lo que la vista á penetrar no alcanza...
y, á compás del cantar, se oye el chasquido

de algún esquife que remando avanza.
 Más, de pronto, ¿no vés? ¡la proa brilla!
 hiende el agua en la zona rutilante,
 y á espaldas de una ola, alta la quilla,
 empuja el remo la visión brillante
 que hecha de luz parece,....
 y en la sombra otra vez desaparece.
 La ola que se fué, torna bravia
 deshaciéndose en plata bullidora;
 y al perderse en los senos de la ría
 los ecos de la barca pescadora,
 queda en los aires, para mí, flotando,
 un ritmo, cuatro notas, una esencia.....
 y una barca que pasa deslumbrando,
 como pasa fugaz, siempre remando,
 de una sombra á otra sombra, la existencia.

VII

Sé, condesa, sin género de duda,
 como sé muchas cosas de igual vuelo,

que ni el cielo es azul, ni el cielo es cielo,
 ni habló nunca la luna..... porque es muda.
 Ya vés, amiga mía,
 que con estas verdades que proclamo,
 bién me puedo llamar, como me llamo
 en arte, ciencia y fé, hombre del día.
 Mas sé de igual manera,
 que al ir de *lo real* siempre al encuentro,
 la pobre humanidad se desespera,
 barriendo musarañas hacia fuera
 y hallando siempre musarañas dentro.
 Ayer, el ideal, todo era nube;
 ¡fuera nubes!—se dijo; y ahora sube,
 preñada de realismos, una ola,
 que arrastra un ideal de tierra sola.
 Mas déjala pasar, y detrás de ella
 has de ver ó verán los que vinieren,
 la deslumbrante huella
 del paso de los dioses que no mueren:
 las grandes realidades
 del amor, de la fé y de la poesía,
 y los sueños también: que todavía
 los sueños, como sueños, son verdades.

Perdóname esa atroz algarabía
de la que sólo tu bondad me escuda;
perdóname otra vez: yo no quería
sino hacerte saber que ya sabía
que la luna no habla..... porque es muda.
¡Mira tú si lo sé! Precisamente,
fiado en la virtud de su mutismo,
lo que quiero ocultar hasta á mi mismo
se lo charlo á esa dulce confidente,
cuyo mirar de esfinge
responde á nuestras ansias de tal modo,
que aunque todo lo finge
parece que lo vé y lo escucha todo,
hablando, sin palabras ni sonido,
como hablan las miradas luminosas.....
pues así, bajo formas misteriosas,
juntando la verdad con lo fingido,
nos hablan al oído
su lenguaje ideal todas las cosas.

VIII

Y en esa lengua y por sutil manera,
tan graciosa y profunda cuanto vaga,
me fué contando la celeste maga
ésta que tengo por gentil quimera.
«La barca rutilante—me decía—
y el derroche de hirviente argentería
que contemplaste ansioso
flotando en el reguero luminoso,
no son, si bien lo miras,
otra cosa que fútiles mentiras,
espejismos, fantasmas, sueño vano
que haría sonreír á cualquier listo,
de esos que sólo han de creer en Cristo
si le tocan las llagas con su mano.
Mas por mucho que quieras
llevar á ese crisol las realidades,

la vida te dirá, de mil maneras,
 que todas las verdades
 se visten, poco ó mucho, de quimeras.
 El nocturno cantar, el tosco leño,
 la negra inmensidad, la frágil cuna,
 se transfiguran en visión de sueño
 al toque de los rayos de la luna.
 Y así, cuanto vé el alma embelesada,
 cuanto bello en el mundo el hombre ansía,
 no es más que realidad transfigurada
 por los rayos de luz de una poesía,
 que al cabo, cual mis rayos y á su modo,
 de otro foco más alto son reflejo....
 y así el alma y el mundo son espejo
 de aquella Luz que lo embellece todo!...»

IX

Y aun dijo mucho más, y habló de amores
 con esa competencia de la luna,
 que de amor y mudanzas de fortuna

sabe más que cién claustros de doctores,
 pudiéndote jurar, amiga mía,
 que herido del celeste centelleo,
 al dejar el balcón que dá á la ría
 de puro deslumbrado no veía,
 y andaba con andares de beodo,
 bebiendo la poesía
 que ayer la luna derramaba en todo,
 filtrándose con lindo jugueteo
 á través del ramage hasta la arena;
 y en cada hebra de luz, como á un conjuro,
 veía repetirse, allá en lo obscuro,
 la encantadora escena
 de aquella hermosa barca, tosco leño
 que un rayo de la luna trocó en sueño.

Mas ¿fué un sueño? No, no; visión sentida
 que al alma llega y desde el alma parte
 cruzando los océanos del arte,
 donde toda belleza percibida,
 por su sólo presencia, tiene vida,
 y por eso es real: verdad, en suma,
 cual la luna, la noche, el mar, la espuma,
 y el cantar y la barca pescadora,

y todos los encantos que atesora
este rincón de espacio,
donde arrullan las ondas tu palacio
y al par besan los piés á su señora.

Lequeitio, 1891.

PASEO EN BOTE.

Un arroyuelo hospiciano,
pues apenas nombre gasta,
tan menguado en su caudal
como risueño en sus aguas
que entre quiebras y rumores

cantando del monte bajan,
 dá limosna intermitente
 á la ría lequeitiana,
 que en la bajamar es charco
 y en la pleamar mar brava.

No es sol andaluz el sol
 de la tierra de Vizcaya;
 pero pone tal frescura
 en los tonos de esmeralda
 con que sus valles se cubren
 y sus montes se engalanan,
 con toques de cielo arriba
 y abajo con notas blancas
 de esparcidos caseríos
 que el valle y el monte esmaltan,
 que parece aquél rincón,
 cuando se mira en las aguas
 de la ría, una muchacha
 que luce su cara al sol,
 después de mojar su cara
 en la fuente que le presta
 limpieza, frescura y gracia.

Sombreadas ambas riberas
 un molino, una chopada,

aquí un puente ennegrecido,
 allá una vetusta fragua,
 y entre castaños y helechos
 y maizales y espadañas,
 manzanos que al rojo fruto
 rinden sus colgantes ramas,
 en tal copia, que si fueran
 tentaciones las manzanas,
 habría para pecar
 todas las Evas de España.

Pero el timbre de la ría
 y el blasón de la comarca,
 es desde siglos atrás
 el solar de Adán de Yarza.

Sus torres hablan de guerra,
 su aucha mole de pujanza,
 de nobleza sus escudos
 y de vetustez su estampa,
 pues el viejo caserón
 sus piedras mostrara blancas,
 si cual nosotros, las piedras
 con el tiempo echaran canas.

El crepúsculo es la luz
 que á su aspecto mejor cuadra,

porque el misterio es amigo
de todo lo que se acaba,
envolviendo sus despojos
en la flotante mortaja
de recuerdos y leyendas,
que á lo muerto prestan alas,
para volar á otra luz
donde en poesía ganan
la vida que ya perdieron
tantas grandezas pasadas.

Una tarde, en pleamar,
recorría aquellas aguas,
flotando en mis fantasías
más que en las ondas saladas,
cuando de pronto el patrón,
con enérgica *ciada*,
puso el costado del bote
frontero á la vieja casa,
y—«aquél es»—dijo, mostrando
en la negruzca fachada,
un mirador sombreado
por saliente barbacana.

La fiereza del granito,
por el arte no templada,

templóla el tiempo poniendo
en el mirador, su marca
de musgo, sillares rotos
y rampantes parietarias.
Y al señalar el patrón
al mirador, luego al agua
volviendo expresivo gesto,
añadió—«y él aquí estaba;»—
y así terminó el relato
que con pintoresca charla,
al comenzar el paseo
me hizo el patrón de la barca.

Parece que un tiempo fué,
en que andaban siempre al arma
los Limona de Motrico
con estos Adán de Yarza;
y se cuentan de sus odios,
entre crímenes y hazañas,
cada historia como un cuento,
cada cuento como un drama,
en que asaltos y motines,
desafueros y estocadas,
mancharon hasta el altar

y ennegrecieron las almas.

Sobre ese enconado fondo
dos siluetas se destacan,
que al amor rindiendo el odio
copiaron, sin gran mudanza,
al pié de este caserón
la tragedia shaksperiana.

Se vieron de romería,
fueron chispas sus miradas,
luégo, terceros de amor,
de la chispa hicieron llama,
luégo sustos, luégo encierros,
luégo caricias hurtadas
al sobresalto..... y al fin,
extendiendo heróicas alas,
una fuga á media noche,
más que tormentosa, trágica.

Desde el mirador al mar,
se desarrolla una escala;
sombra flotante desciende
poco á poco hasta una barca,
y al ir á fiar al remo
el colmo de tantas ansias,
se oyen gritos, se abren puertas,

el furor enciende llamas,
cuyos reflejos descubren
sobre el vaivén de las aguas,
una escena de dolor
más que una centella rápida:
yérguense ella y él, se estrechan,
y con las bocas juntadas,
en las ondas de la ría
se hunden como dos fantasmas.

Lequeitie, 1893.

LA HOGUERA.

Bien se te pinta el afán.
niña mía, con que esperas
la ronda de las hogueras
de esta noche de S. Juan.

Anda, corre, niña mía...
las llamaradas ya crecen

con fulgores que parecen
auroras de un nuevo día,
á cuyo alegre calor
y á cuya luz son de ver
las caras enrojecer,
la inocencia en su esplendor,
la luna palidecer,
y el humo que se levanta
esparciendo turbias olas,
mientras corre, ríe y canta
esa rica turba santa
de caritas de amapolas.

Anda, niña, corre pues;
mas si tu afición se extrema,
no olvides que el fuego es
muy hermoso, pero quema.

II

Como tú quisiera yo
embriagarme en su juego,
que me recuerda aquél fuego

de otra edad que ya pasó.
También como tú corri
de la hoguera en derredor,
con alas que ya perdi
de otros fuegos al calor;
pues siempre y en toda edad
nos lleva la voluntad
con atracción hechicera,
á correr con ansiedad
al rededor de una hoguera,
que deslumbra en la niñez,
abrasa en la juventud,
encanta en la madurez,
y aun extiende su virtud
contra el frío en la vejez;
porque el fuego has de saber
que no es solo combustión
de leña seca en montón,
como ese que ves arder
y en mil chispas se derrama:
no, hija mía; ya verás,
cuando llegue la ocasión,
que al calor de oculta llama
también arde el corazón,

y por tí misma sabrás
que es fuego vivo quién ama,
y que todo amor es fuego,
cuya potencia sin tasa
prisioneros de ese juego
nos lleva, por varios modos,
y así á todos nos abrasa
haciendo que amemos todos.

III

Anda, juega, ángel querido,
con la luz que tu alma anhela...
Pero, qué ¿no me has oído?
cógete bien el vestido,
vé despacio, con cautela...
mira que la hoguera es loca
y es además traicionera,
y hace presa en cuanto toca,
¡y sí te besa en la boca
toda tu alma será hoguera!

Y á sentir empezará
lo que un día has de saber,
porque al fin eres muger
y en el amor arderás:
que ante esa radiante llama
que alumbra á la vez que inflama
aun al alma más enteca,
todas nuestras almas son,
para arder, en conclusión,
lo mismo que leña seca.

LA CORREO.

—

I

Días ha que á la hora en que se aleja
el sol del horizonte,
distingo allá á lo lejos una vieja
que apoyada en un palo sube el monte,

todo lo prestamente
 que el peso de sus años le consiente,
 sirviendo así el empleo
 de traer á este risco silencioso
 el eco bullicioso
 del humano hormiguelo,
 encerrado en la bolsa del correo.

Y viéndola llegar á paso tardo,
 con sus años cargada y su cartera,
 en impacencias exigentes ardo
 ¡que siempre es exigente quién espera!

II

Aun tardará en llegar..... Aun está lejos,
 y lo que es de apretar no lleva traza.....
 ¡Jesús qué poco andan esos viejos!...
 ¡qué cachaza, señor... cuánta cachaza!

Cruza el torrente ahora,
 tentando con el chuzo cada piedra...
 ¡Vívito, eh, señora,

que no se ahogará!... ¿por qué se arredra?
 Vaya, por fin pasó, ¡ya era hora!

III

Con la mirada en *la correo* fija,
 siento los pinchos de una duda grave:
 ¡qué vendrá en la balija!
 mi ventura tal vez... tal vez ¡quién sabe!—

Mas ya está en el molino,
 pronto lo sabré todo...
 ya pasa los nogales, y el recodo
 vá tomando que oculta allí el camino
 y á la vieja también, por un momento.
 ¿Momento, dije? miento:
 por fuerza, á lo que veo,
 se me ha echado un descanso *la correo*.
 ¡Pues no le cuesta poco
 de doblar esa vuelta, que un segundo
 jamás me cuesta á mí! Vaya, estoy loco,
 ó esa tardanza clama á Dios y al mundo.

¿Por qué permitirán lo que aquí pasa?
 Dirán que en beneficio
 del joven peatón, enfermo en casa,
 su madre hace el servicio
 y le cobra el jornal con que hacer frente
 á su pobre sustento y al paciente.
 Bien ¿y qué? Si está enfermo, hay hospitales.
 Los servicios postales
 exigen juventud, y pierna lisa
 para andar muy aprisa... muy aprisa,
 pues á veces hay cartas... Mas, ¿qué veo?..
 Junto al jardín, entre las tapias, creo
 que una muger avanza...
 Sí, es ella, la vieja, *la correo*...
 ¡Si vendrá en su cartera mi esperanza!

IV

—¿Hay algo?—¡Friolera!
 Hay mucho, señorito...
 —¿Qué es ello?—¡Qué me mata esta cartera!
 —Eso es, siéntese usted, buena manera

de despachar... Repito
 si hay algo para mí.—Si yo supiera
 de letra... Vea usted este sobrescrito.
 —No es para mí, muger; es para el cura.
Boletín Eclesiás...—¿Y éste?—*El Futuro?*
 ¿Pues de quién ha de ser, santa criatura,
 si no dél?... Este es mío... también éste...
 —¿Y estos pliegos lacrados?—De seguro
 que vienen del Gobierno.—¿Traerán peste?
 —¡El pensamiento es chusco!
 Puede que solo traigan elecciones;
 más con tales razones
 nunca vamos á dar con lo que busco.
 Vuelque la bolsa, ó parta
 dejándome el paquete.—¡Qué impaciencia!
 —*Liberal... Imparcial... Correspondencia...*
 ¡aquí está!—¿Y eso qué es?—Nada; mi carta.

V

Después, aquella abuela,
 según varios del pueblo me han contado,

olvida su cansancio y se consuela
de su enfermo querido al verse al lado,
para luégo volver, al otro día,
á servir la cansada peatonía.
La pobre apenas puede; mas la alienta
su maternal afán, y vá contenta,
arrastrando su cuerpo medio muerto,
con todo el pensamiento siempre fijo
en hallar la salud para su hijo,
¡ganada en el camino de un desierto!

Pontons.

AUSENCIA.

La brisa ligera,
la brisa burlona
que vive en el bosque,
que juega á su sombra,
que agita sus ramas,

que ríe en sus hojas,
que corre entre flores
besándolas todas,
que sopla en las alas
de las mariposas
hijas de los besos
del aire y las rosas,
que baja al arroyo
rizando sus ondas
y burla en sus quiebros
las nubes que copia,...
la brisa ligera,
la brisa burlona,
paréceme, á veces,
que arrastra una nota
un eco querido
de voz cariñosa,
palabra indecisa
que la brisa loca
empieza y no acaba
como mi zozobra,...
rumores lejanos
de lejanas olas
que besan la arena

de ignoradas costas,...
vibración que deja
canción amorosa
que algún genio lanza
y en el aire flota,
y la brisa lleva,
la brisa burlona,
del monte al arroyo,
del agua á las rosas,
de la flor al bosque,
del bosque á las ondas
del espacio, cárcel
de las mariposas,
y en torno á mi oído
juguetea y flota
llevándome el alma
prendida en sus notas!
¿Qué dice la brisa
con voz misteriosa?
Tal vez, peregrino
de tierras remotas,
me trae un suspiro
de dulce memoria,
el eco que busco,

la voz cariñosa,...
rumor de tus pasos,
el ¡ay! de tu boca,
muger de mis sueños,
ensueño de gloria,
caricia del alma
que amante te nombra,
al verse, en tu ausencia,
¡tan triste, tan sola!

A ORILLAS DEL PERDIGÓN.

I

El río Perdígón, es un riachuelo
que á duras penas humedece el suelo.
Dos fuentes pordioseras,
que más que manantiales son goteras,

le prestan de ordinario su tributo;
 pero así que el gran sol de Agosto azota,
 no manan las dos fuentes ni una gota
 y el pobre Perdigón se queda enjuto.
 Mas si es pobre en caudales,
 ostenta como encantos naturales
 las encinas de un bosque siempre umbrío,
 que baja de las nubes hasta el río,
 siguiendo complaciente
 los caprichos que traza su corriente.
 Tiene además, abierto
 entre encinas y rocas un camino,
 que cumple su destino
 hermano de las sendas del desierto,
 sirviendo á nuestra raza
 cuando quiere Nemrod salir de caza,
 ó evitando el botar de peña en peña
 cuando algún infeliz vá allí por leña;
 y después de fantásticos rodeos,
 que solo de las liebres son paseos,
 se baja suavemente
 bordeando de encinas su pendiente
 del río hasta la orilla,
 donde al verse los dos, sueltan el pico

murmurando campestre croniquilla,
 hasta un pueblo, llamado Ameriquilla,
 sin duda porque en él no hay nadie rico.
 Y así, burla burlando, aquel riachuelo,
 aunque pobre y ruín como un mendigo,
 se arrastra bullicioso sobre el suelo,
 del bosque se hace abrigo,
 á través del ramaje mira al cielo,
 gallea entre las flores como un mozo
 á quién apunta el bozo,
 y ante aquél panorama pintoresco,
 que en color y poesía es millonario,
 cuando alguno le llama ¡perdulario!
 él se ríe quedándose tan fresco.

II

No manchaba una nube el horizonte.
 La luz primera de un tranquilo día
 por encima del monte se extendía,
 y bajando del monté

enajaba ténue velo de vapores
 sobre aquellos primores
 que encanto dán á la menguada orilla
 del pobre Perdigón de Ameriquilla.
 Luégo, cobrando brio
 la luz que despuntaba,
 parecía que á tientas dibujaba
 la silueta del bosque y la del río.
 Luégo brotó esplendente
 asomando sus fuegos sobre el monte
 el astro incandescente,
 y al bañarse de sol el horizonte,
 pareció que se erguían vigorosos
 con dibujo, color y nueva vida,
 los árboles rugosos,
 los límites dudosos
 del lejano confin perdido en bruma,
 y las lindas cabezas de las flores
 que salpica el riachuelo con su espuma,
 —prodigio de unas gotas cristalinas
 que despiden al sol fuego y colores
 al quebrarse en burbujas diamantinas.
 Allá dora y blanquea
 el corto caserío de la aldea,

agrupado en redor de un campanario
 que tardes y mañanas
 ejecuta, en honor del vecindario,
 la creyente canción de las campanas.
 Más cerca, monte yá, la senda aquella
 que entre encinas y rocas atropella
 hasta dejar el bosque y ver el llano,
 se cubre de figuras
 sonrientes, fantásticas, oscuras,
 trazadas por la mano
 de la luz, que penetra entre el follaje,
 bordándole al camino lindo traje.
 Y en un claro del bosque y del camino,
 llevándole al paisaje
 con sorprendente tino
 la animada expresión, el movimiento,
 que brotan siempre del humano acento,
 velanse aquél día
 dos criaturas de rústica poesía:
 una pobre chiquilla lugareña,
 tendida casi sobre un haz de leña,
 y, en un tronco apoyado,
 un fornido rapaz, de pié, á su lado.

III

Aquí vagos temores
 me asaltan de enojar á los lectores.
 ¿A qué tanto derroche descriptivo,
 tanta palabra vana
 para hacer un paisaje de mañana,
 con el pueril motivo
 de que sirvan sus términos grandiosos
 para fondo á unos héroes tan... mocosos?
 Y á esto... ¡qué sé yo!... sólo respondo,
 si es que hay algo de arte en lo que escribo,
 que el arte lleva en sí su propio fondo.
 Mis héroes, pues, aquellos dos mocosos,
 hablaban, con lenguaje descosido,
 de lances misteriosos,
 de un muerto aparecido,
 del sol que estaba haciendo,
 de un pajar que se estaba construyendo,
 de un caballo de palo, extraordinario,

que tenía el bebé del boticario...
 de todos esos mundos
 que pinta la infantil palabrería
 con toques de problemas muy profundos,
 de que un sabio cualquiera se reiría.
 Y el mozo dijo, á lo mejor,—«Escucha:
 yo he de bajar al río
 á llenar la arenera de mi tío;
 ¿te bajas tú también? ¿vienes, Mariucha?»
 Y ella no dijo nada,
 mas dió á entender que no, con la cabeza.
 —«¿Por qué? ¿te desagrada?»
 —«Le tengo miedo al río.»—«¿Qué simpleza!
 ¡Si es tan chico!—«No... no, vete, me quedo.»
 —«Pero, tonta, ¿por qué?»—«...Le tengo miedo.»
 Quedóse unos instantes pensativa,
 cruzando por su frente penas graves;
 la luz de su mirada se hizo viva;
 y repuso, muy seca—«¿Tú no sabes,
 que aunque hoy es pequeñito,
 el Perdigón maldito
 tuvo diez años hace una crecida?
 pues en ella mi madre dió la vida.
 Así me lo han contado.

Mi padre solo á mí pudo salvarme,
 con peligro de ahogarse y aun de ahogarme;
 después, también murió. Yo me he quedado
 sin más que el tío Andrés que me ha criado.»
 Y al decirlo, con ojos muy abiertos,
 cual si viera de pronto aquéllos muertos,
 agitada gritó con voz de espanto:
 «¡Allí, allí en el río...!»
 y concluyó con llanto:
 «¡Qué sólo estoy! ¡qué sólo estoy, Dios mio!»

VI

El sol iba subiendo
 dando tonos más vivos al paisaje;
 la frescura del alba fuése huyendo
 á esconderse en la sombra del ramaje,
 y el flaco Perdigón, indiferente
 á los muertos, al sol y á la chiquilla,
 fué arrastrando su anémica corriente
 por el campo en que duerme Ameriquilla,

al tiempo en que bajaba
 la huérfana y llorosa lugareña,
 seguida del rapaz, que la llevaba,
 por pura compasión, el haz de leña.
 Su corazón, sencillamente humano,
 al oír el relato lastimero
 de una pena tan honda y tan amarga,
 con los ojos de lágrimas cubiertos
 díjola, echando al haz de leña mano:
 —«El fajo pesa, y la bajada es larga:
 •bastante pesan sobre tí tus muertos;
 •deja que al menos lleve yo tu carga!»

MIEL QUE MATA.

*A un panal de rica miel
diez mil moscas acudieron...*
—Sí, ya se sabe: murieron
presas de patas en él.

Y en verdad que hallo cruel
de su apetito el final:
¿cómo suerte tan fatal
pudo hallarse en tal dulzura?
¡Miel que mata!... ¿Por ventura
era muger el panal?

¡HOY SALE, HOY!..

¡Felices españoles! ¡feliz tierra
donde toda ilusión tiene su asiento!..
jardín en que dormita el pensamiento
mucho más que el amor y que la guerra.

Aunque hoy soplan corrientes de realismo,
racha que lleva el general anhelo
á hurgar en las entrañas del abismo
la boca abajo y sin mirar al cielo,

Aquí, lo que es aquí, esa no sopla;
pues seguimos pasando cada día,
entre una cuchillada y una copla
y creyendo en la diosa *Lotería*.

Millares de sedientos corazones
hoy se asoman con ansia y calentura,
á la boca de un pozo que fulgura
con fondo rutilante de millones.

Y es claro: como el pozo ese es tan hondo,
dá vértigo; y después, los infelices
se encuentran chasqueados en el fondo,
sin millones y algunos sin narices.

EL TORMENTO DE NOCHE-BUENA.

.
•Antes que dejes la mansión doliente,
teatro del dolor hecho pecado
que llena con sus ayes el ambiente,

Ven y escucha, poeta, hacia aquél lado,
donde al par de armonías infinitas,
el acento oírás, nunca igualado,

De unas penas del alma nunca escritas.
Esos que ves llorar, sin voz ni llanto,
fantasmas del placer, faces marchitas,

Vivieron siempre esquivos al encanto
de la santa hermandad del hombre bueno,
del amor del hogar, tres veces santo.

Al ageno dolor y al gozo ageno,
jamás prestaron su egoísta mano,
pronta tan solo en prodigar veneno;

Y en mengua y burla al corazón humano
mofaban paternas alegrías,
siempre ignorando la palabra hermano.

—«Pues escucha, Maestro; ¿me dirías
qué pena es la que sufren, qué tormento
causa en esos tan fieras agonías?»

—«No es difícil, repuso; presta atento
el oído á la música y cantares
que hacen vibrar con su divino acento

Las sombras de estos tétricos lugares;
y entre el horror de esta región de pena,
oírás lontananzas estelares

Que son cantos de amor, que á boca llena,
los que amando vivieron, dán al viento,
celebrando una eterna *Noche-Buena*.

Y así, cuanto en los unos es contento,
es envidia y tortura para aquellos
que tuvieron de roca el sentimiento.

Lanza arriba la dicha sus destellos,
y aquí los egoístas sin ventura
se mesan sin consuelo los cabellos.

Allí la Redención vive y fulgura
con amor de familia, copa llena
del néctar que ennoblece á la criatura:

Y aquí contemplará la dicha agena
todo aquél que vivió sólo en sí mismo,...
y ese canto de amor de *Noche-Buena*
será eterno moscón de su egoísmo.»

EL AMOR DE LAS PALOMAS.

I

Largo espacio los dos, con vivo anhelo,
la seguimos prendados de sus galas;
yo, está claro, de vista solamente;
pero él, que era un pichón de primer vuelo
y por demás ardiente,
la siguió con la vista y con las alas.

¿Se subía á un alero el lindo alado?
 pues ya estaba el pichón junto á la bella;
 y apenas se bajaba, disparado
 se iba el pichón trás ella,
 cruzándola á miradas,
 copiándola sus giros,
 parando en sus paradas
 y asestándole al paso mil suspiros,
 sin lograr que la hermosa hija del viento
 premiase su amoroso seguimiento.
 ¡Qué pena daba verle en tal porfía,
 llevando por el aire sus afanes!...
 aunque éste es nuestro pan de cada día,
 lo mismo entre pichones que entre adanes,
 siempre que amor dá á prueba
 el pan que nos amasa cualquier Eva.

II

Yo no me atrevo á sostener que fueran
 las frases del pichón muy elocuentes,

por no escandalizar á ciertas gentes
 —¡humana presunción!— que consideran
 tan solo al *homo sapiens* de Linneo
 capaz de dar lenguaje á su deseo;
 y en tanto que veneran
 á cualquier Dulcamara, grande ó chico,
 gritando como loros «¡qué gran pícol!»
 cuando cantan las aves no se enteran,
 ó dicen que es su canto algarabía
 sin ley ni pensamiento,
 todo, tal vez, porque á esa gente, un día
 en la sosa quietud de su aposento
 ó entre el horror de digestión molesta,
 algún canario les turbó la siesta.

III

Perdonadlos, dulcísimos cantores
 que á la noche dais voz y al día galas,
 hermanos de los niños y las flores,
 almitas de muger con cuerpo de alas,

bandada fugitiva
 que Dios ha bendecido
 con la merced de vivir siempre arriba
 sin tener aquí abajo más que el nido!...
 Y si alguno, por zafio, no os entiende,
 y otro, por sabio, despreciar pretende
 la lengua en que contais vuestros afanes,
 reid, aves, reid de esos adanes,
 mientras gusten y entiendan vuestro canto
 la muger, los poetas y algún santo,
 que de lenguas de amor son dragomanes.

IV

Cansada de dar giros mareantes,
 que en el aire quedaron tan impresos
 como el recuerdo de infinitos besos
 que se dán y se toman entre amantes,
 vi á la gentil pareja
 posarse, aleteando, en una teja,
 que asomaba su comba al borde mismo

de un alero con vistas al abismo,
 formando, allá en lo alto, un grupo hermoso,
 de gracia al natural, de corte airoso,
 y que yo en perfilar no me detengo,
 remitiendo al lector, si es más curioso,
 á los primores del pincel de Lengo.

V

La brega del pichón se hizo angustiosa.
 Seguía defendiéndose la hermosa
 con gestos perezosos de tortuga,
 con huídas y quiebros ondulantes,
 y hundiendo en el plumón de la pechuga
 su cuello de metálicos cambiantes,
 mientras él se crecía y atacaba,
 y erguía el fino cuerpo, y arrullaba
 la poética ardiente del deseo
 con aires de Tenorio de Castilla,
 —pues, más ó menos tosco, siempre creo
 que en la voz de un D. Juan canta un Zorrilla,

—y al arrullo, al mirar, al aleteo
 no hallando galardón, falto de brazos,
 dió un asalto el Tenorio á picotazos,
 cansado el buen pichón, sin duda alguna,
 de ver lo que se vé por todas partes:
 que no consiguen siempre la fortuna,
 en las lides de amor, las nobles artes;
 lo cual no es de admirar, pues considero
 que si es el gran Satán el cocinero
 de los guisos de amor, debe, en conciencia,
 mezclarles un poquito de violencia,
 para que sepan á su amor primero.

VI

Y al ver, poco después, cómo se aleja,
 —¡Adios! le digo. ¡adios, gentil pareja!
 Enseñad por doquier con vuestro ejemplo,
 que el amor trueca en ara cualquier teja,
 y que el dios pequeñín tiene un gran templo;
 y si, al azar de vuestros raudos giros,

escuchais los románticos suspiros
 de gentes siempre en guerra
 con la fecunda y amorosa tierra,
 decidles que no sois aves del cielo,
 ni emblemas de un amor de ideales seres,
 sino hermosas vecinas de este suelo,
 donde, al fin, según varios pareceres,
 no haceis sino vivir como mugeres,
 que arrullan, aman y huyen, todo al vuelo.

JUICIO ORAL.

El sueño, que es la vida sin conciencia,
disculpa la supina irreverencia
con que, el jueves lardero,
ví en sueños y asisti de cuerpo entero
á un juicio oral de que os daré memoria,
celebrado en la Audiencia... de la gloria.

En trono sostenido por querubes
formaban tribunal las tres Personas,
sentadas en altísimas poltronas
fornadas con armiños de las nubes.
Y completando la solemne escena
vi á un lado y otro, como en casos tales,
al fiscal, al letrado, á los curiales,
y en frente, medio muerta
y en el banquillo del terror sentada,
un bulto de mujer: la procesada.

Al comenzar el acto
dió el secretario cuenta del extracto
con simpática voz de caña rota,
aunque recuerdo, si he de ser exacto,
que no le pescó nadie ni una jota.
Mas andando la prueba se vió claro
que el caso de autos no era un caso raro,
pues ya desde el sumario se dedujo
que la culpable, más que fea, horrible,
y á los delirios del amor sujeta,
vió en Carnaval á un mozo, y lo sedujo,
venciendo con el arte lo imposible
y tapando lo feo con careta.

—Puede hablar el fiscal—con voz divina
dijo la Presidencia; y alzó el busto
un santo Padre de mirar adusto
que estudió santidad en Palestina,
exponiendo, con frase lisa y llana,
que el hecho del juicio
fué una estafa, un engaño, un maleficio,
digno de una grandísima pagana.
«Y como ese delito vá cundiendo,
yo pido—dijo el Padre, concluyendo,—
que se imponga á esa falsa, á esa coqueta,
y á cuantas usen tal superchería,
la pena de que vaya con careta
por tiempo de una eternidad y un día.
He dicho.»

Y al instante
previa la venia, comenzó arrogante
su arenga el defensor: un joven santo
que fué martir de un año y pocos meses,
en aquella hecatombe que dió espanto
y la gloria llenó de japoneses.
Su palabra de miel se enardecía
abogando en favor de la acusada:
«No hubo delito, no señor», decía,

•y si acaso hubo falta está escusada.
 •Tus obras son, Señor, obras maestras
 •y con justicia su creador te nombras,
 •pues tan grande te muestras
 •entre ésta luz sin fin, como en las sombras.
 •Pero, Señor, repara
 •que á esa pobre mujer le tocó en suerte
 •sólo la sombra, la fealdad, la muerte
 •del noble encanto que el amor repara
 •en los destellos de una hermosa cara.
 •Y al verse en su fealdad aherrojada
 •y sintiendo de amor el fuerte imperio,
 •¿qué hizo la infeliz? En suma, nada:
 •cubrir su fealdad con un misterio.

Después, entre argumentos
 que su fecundia le inspiraba á cientos,
 •¿No vé, dijo al fiscal, que con su celo,
 •si condena á tapadas y coquetas
 •á uso eterno de untos y caretas,
 •vá á convertir en carnaval el cielo?

Con esto terminó; y la presidencia,
 el juicio ya concluso,
 pronunció *incontinenti* la sentencia,
 como en el cielo es uso,

la cual vino á decir, trás *residitando*
 en que constaba el hecho,
 seguidos de uno ó dos *considerandos*
 que fijaban el caso y el derecho,
 que si es cierto que había delinquido
 la procesada de autos,
 culpa fué del incauto, seducido
 como el más infeliz de los incautos;
 que era, además, ya hora
 de que Adán y sus hijos los adanes,
 sabiendo que era Eva pecadora,
 tuviesen más cuidado en sus desmanes;
 y que siendo como era, al fin, la *rea*,
 una mujer tan fea
 que el tormento llevaba ya consigo,
 sobraba á la infeliz, como castigo,
 el de llevar, y era desdicha cierta,
per æternum la cara descubierta.

Terminado el juicio, fué la gente
 saliendo lentamente
 del justiciero estrado.
 Solo una santa de arrugada frente
 detuvo el paso, y al hallarse al lado

de la fea, la dijo:—«Pero hija,
«no lllore por tan poco, no se aflija.»
—«¡Siempre fea!» la otra sollozaba;
y puesta en vena de verter consuelo,
la santa, insinuante, murmuraba:
«Adios las tentaciones!
«Adios las ocasiones
«de tentar y caer en lo tentado!
«Y así como tu historia fué mi historia,
«y tu cara es mi espejo, te aseguro
«que, todo bien mirado,
«la cara fea es el mejor seguro
«para ganar la gloria.»
Y el sueño que soñé ya está acabado.

NO LLORES.

Sin ser viejo, te diré
que de algunas cosas sé
tanto ya como el más viejo;
por eso, niña, hoy te envío,
con éste recuerdo mio,
un dulce y un buen consejo.

Como eres tan chiquitina,
puede que tu golosina
dé más precio al dulce... ¡No!
Pero en fin, cómo me quejo
de que hagas con mi consejo
lo que hice con otro yo!

Figúrate que la huerta
que corres con planta incierta
persiguiendo mariposas,
es el mismísimo mundo
dónde cruzan, por segundo,
buenas ó malas, mil cosas.

¿Qué haces tú cuando las ves?
Poner alas á los piés,
y sin fijarte en sí abrojos
hay ó no hay dónde tú huellas,
corriendo te vas atrás ellas
con toda el alma en los ojos.

Hasta que al fin, jadeante,
viéndolas siempre delante,
viéndote siempre detrás,

sufres y lloras... ¡Chiquilla!
por una mariposilla
no debes llorar jamás!

Pronto echarás á correr,
y aun volar, siendo mujer,
trás de hermosísimos sueños,
y al compás de tus antojos
verás con llanto en los ojos
inútiles tus empeños.

Sé cauta, pues, en tus luchas...
Mira que aun te quedan muchas
mariposas que correr...
Mira que entre mariposas,
nunca son las más hermosas
las que se dejan cojer...!

Y si llegas á alcanzar
la que más te haga soñar,
cuando esté en tu mano presa
la adorada mariposa,
aun dirás—;Qué poca cosa!..
;no era esa... no era esa!...

¿Y el dulce?... ¿Te lo has comido?
Pues el consejo ofrecido
quiere decir, ya lo vés,
en lo poco que atesora,
que no llores mucho ahora....
por si has de llorar después!

EL MOLINO DE LA HUERTA.

— Otoño. —

Hay en la huerta un camino,
que trás de rondar la huerta,
vá á dar en la angosta puerta
de un solitario molino.

Corre la yedra en festones
con abandono hechicero
desde la planta al alero
de sus viejos paredones,
adornando los dinteles
de las ventanas ruinosas,
por donde miran curiosas
unas matas de claveles.
Brillan sobre el fondo oscuro
y alzan su gentil cabeza,
chopos de blanca corteza
que cimbrean junto al muro;
y el conjunto peregrino,
con notas de verde y plata,
sobre el cristal se retrata
de la balsa del molino.

Grato es á solas soñar
al borde del claro espejo,
que hace tan dulce el reflejo
de aquél tranquilo lugar,
donde hasta el alma se queda
suspensa, como el oído,
al monótono ruido
del volteo de la rueda.

De niño, de mozo, ayer,
mil veces seguí el camino
trás del rústico molino
que no me canso de ver,
y en todas las estaciones
me sojuzgó la belleza
que esparció naturaleza
sobre aquellos paredones.
Pero ayer tarde en verdad
que algo nuevo descubrí,...
aunque tal vez esté en mí
y no en él la novedad.

Detrás del sol poniente
surgieron los cendales
que llenan de misterio
las puestas otoñales:
los chopos se agitaron
con sensación de frío
corriendo por sus hojas
nerviosa vibración;
y el agua de la balsa,
del mismo soplo herida,
su frío dió á la imagen

del viejo caserón.

Seguía rumbadora
la rueda del molino,
turbando sola el grave
silencio vespertino;
mas eran ayer tarde
tan tristes sus rumores,
y todo era tan triste,
tan fría la humedad,
que el alma, tiritando,
creyó sentir el sople
de aquél invierno largo...
que dá en la eternidad.

CUENTO DE CUENTOS.

Pues señores, era un rey
de la potente Inglaterra,
que logró por mar y tierra
grande imperio, mucha grey.

Y para colmo de gloria,
 el cielo le concedió
 tres hijos, que el rey juzgó
 tres espejos de su historia.
 Mas un día, vió al primero
 presa de dolencia aguda:
 la ciencia se quedó muda,
 y sucumbió el heredero.
 Al año cabal, cayó
 el segundo de igual suerte,
 y segunda vez la muerte
 de la ciencia triunfó.
 Y aterrado el soberano
 y aterrado el pueblo entero
 viendo que sin heredero
 iba á quedar el anciano,
 llamaron á junta un día,
 para estudiar tal dolencia,
 á cuantos hombres de ciencia
 hubiese en la monarquía.
 En la junta, cada cual,
 como suele suceder,
 hizo gala de saber
 de todo, menos del mal,

que era escondida ponzoña,
 aire insano, sutil bicho...
 y entre un dicho y otro dicho,
 y entre si magia ó si roña,
 pasaron largas semanas
 puesta la ciencia en un brete,
 hasta que saltó un vegete,
 doctor con borla de canas,
 y dijo:—Escúchenme bien:
 si el rey sigue mi consejo,
 llegará el principe á viejo
 aun más que Matusalén.
 Basta con que, presuroso,
 á no parar se disponga,
 hasta que encuentre y se ponga
 la camisa de un dichoso.

Riéronse del consejo
 aquellos pozos de ciencia;
 mas el rey dió preferencia
 á la receta del viejo,
 y ordenó que el heredero
 con mucho oro y equipaje,
 emprendiese al punto el viaje
 por el reino y mundo entero.

Desde la ciudad pujante
 hasta la aldea más chica;
 desde la mansión más rica
 á la choza postulante,
 en desierto y en poblado
 de uno y otro continente,
 por doquier donde halló gente
 iba el príncipe cuitado,
 prosiguiendo su pesquisa
 trás de un sér feliz, sin dar
 con ninguno á quién quitar
 la milagrosa camisa.

Cansaba ya al buen señor
 tanto andar, cuando una tarde
 se oyó dar el «Dios os guarde»
 por un pobre leñador.
 Detóvose á descansar,
 porque sí, junto al villano,
 y, porque sí, mano á mano
 se pusieron á charlar.
 Y al notar que aquél palurdo
 se hallaba feliz, sin tacha,
 con su choza, con su hacha
 y su roto sayo burdo,

sin penas que lamentar,
 sin pasiones que vencer,
 sin envidias que roer
 ni nada que desear,
 gritóle de dicha ansioso
 el infante al leñador:
 —¿Pero eres feliz?—«Señor:
 soy todo un hombre dichoso.»
 Y apenas lo dijo, aprisa
 los del príncipe en tropel
 se echaron encima de él,...
 ¡y no llevaba camisa!

De este cuento el argumento,
 que en tan gran verdad se funda,
 tiene una parte segunda
 que también es otro cuento.
 ¿Mas quién como nuevo cuenta,
 contado ya al infinito,
 el cuento del zapatito
 de la pobre Cenicienta?
 Por modesta la olvidaron,
 por paciente la riñeron,
 por buena la escarnecieron

y por bella la encerraron.
 Sus hermanas, sin razón,
 mientras en fiestas andaban,
 á Cenicienta dejaban
 sólo en casa en un rincón.
 Todo espejo fué pequeño
 para sus hermanas, y ella
 llegó á verse que era bella,
 en el agua de un barreño.
 Pero tanta humillación
 alcanzó premio infinito,
 pues gracias al zapatito
 que perdió en cierta ocasión.
 el hijo del rey, ufano
 al descubrir tal diamante,
 quiso guardarlo, y amante
 le dió un reino con su mano.

También este cuento encierra
 enseñanza de gran ley,
 como el del hijo del rey
 de la potente Inglaterra.
 Y los dos, por varios modos,
 vienen á decir lo mismo:

que la dicha es espejismo
 trás del cual corremos todos;
 pero cada cuento enseña
 que la ventura soñada
 se encuentra muy apartada,
 muy lejos del que la sueña.
 Un palacio y regio amor,
 sueña cada Cenicienta,
 y al grande se le presenta
 la dicha en un leñador.
 Y así aplica en un momento
 la popular enseñanza,
 á cada mal su esperanza,
 á cada desdicha un cuento.
 Mas para salir del potro,
 solo á decirnos acierta
 que llamemos á otra puerta,
 la de al lado, ó la del otro...
 Sin ver cuán fuera de centro
 vá la humanidad entera,
 pues la dicha verdadera
 cada cual la lleva dentro.

IN ILLO TEMPORE...

«*In illo tempore*, amados feligreses.—
el viejo cura de un lugar decía
ante el corrillo de creyentes reses
que á su cuidado pastoral tenía,—

«hubo un conde Roger, muy gran guerrero,
 señor de horca y cuchillo,
 de alma tan dura y corazón tan fiero
 como el fiero armazón de su castillo.
 Las tierras, caseríos, hombres y hembras,
 rendíanle homenaje;
 y así, por dura ley de vasallaje,
 las siembras del plebeyo, eran sus siembras,
 eran suyos molinos y cabañas,
 los bosques, de su hogar eran tizones,
 los hombres, carne vil de sus hazañas,
 y las hembras manjar de sus pasiones.
 Tuvo fama, poder, ganó laureles;
 le llamaron *terror de los infieles*;
 pero también, hermanos,
 fué escándalo y terror de los cristianos.
 Su vida en el castillo, era una vida
 tan sólo en apetitos consumida;
 tan sólo rodeada
 de pecados y gente condenada
 que el infierno metía por la puerta
 de la feudal morada,
 siempre al placer de par en par abierta
 y á Dios y á la virtud siempre cerrada,

trayendo aquél impio á la memoria
 del rey Nabucodonosor la historia!...»
 Y al oír este nombre estrepitoso,
 que el cura pronunció con misterioso
 acento, como un mote del diablo,
 los mansos feligreses
 se agruparon aún más, como las reses
 se aprietan, cuando truena, en el establo.

El cura hizo una pausa, miró al cielo,
 se quitó con tres toses la ronquera,
 pasóse por los labios el pañuelo,
 y luego prosiguió de esta manera.

«Sabed, pues, que aquél hombre
 que así arrastraba de cristiano el nombre,
 se halló una noche, por azar de guerra,
 sólo en su tienda y en lejana tierra.

Era una noche horrible,
 de esas que hacen temblar hasta á los buenos,

pareciendo que Dios se hace visible
hablando entre relámpagos y truenos.
Las nubes, en girones encendidos,
daban toldo de llama al firmamento....
se oían confundidos,
como expresión de colosal tormento,
silbidos de huracán, voces horrendas,
y el chasquear violento
que producía el viento
azotando las lonas de las tiendas!..

En una de ellas, que el pendón lucía
del general, sobre su arnés dormía
el conde, con un sueño tan profundo,
que nada oía del fragor del mundo.
Mas, de pronto, despierta
al tacto de unas manos en su frente:
abre los ojos, y en la angosta puerta
le pinta un rayo la silueta incierta
de un bulto con sayal de penitente.
—¿Quién eres? grita airado
al verse así en su sueño interrumpido;
y el bulto le contesta muy pausado:
—Quién se toma por tí, santo cuidado
que tú por los demás nunca has tenido!

—Lo que eres tú, un demente en estameña!
—¿Soy tu conciencia, loco!
—Pues muy mal me conoce, el que se empeña
en quitarme el dormir!—¿Por Dios, que invoco,
has de oirme!—¿Por Dios?... espera un poco!—
y echando el cuerpo afuera, diligente
salta, corre y apresa al penitente,
entre vocablos de blasfemia llenos
que apenas cubren con su voz los truenos.
—Dile á Dios—gesticula—mala pieza,
de qué modo se paga la simpleza
de que turben mi sueño los villanos!—
y al asirle las barbas con fiereza
para herirle mejor en la cabeza,
con gran asombro, hermanos,
¡se quedó con las barbas en las manos!
—¿Qué es esto, voto al diablo!—grita el Conde;
quién de disfraz se ampara,
por fuerza es un traidor!... A ver, responde;
¿quién eres?—Y le dice con voz clara
el del sayal:—Rogerio, no des voces....
cuando alumbre el relámpago en mi cara,
mírame bien.... ¡Ahora!... ¿me conoces?....
Sí, Roger, sí,... soy Berta,...

una mujer que hiciste pecadora....
 una mujer que para el mundo muerta,
 su falta expía y sus pecados llora...,
 una mujer que implora
 la divina piedad para que extienda
 su perdón sobre tí, al llegar la hora
 que corte el curso de tu vida horrenda!—
 Y el Conde interrumpía:—;Tú, en mi tienda!
 Te traje el rayo.... te acompaña el trueno...
 brotaste entre la roja llamarada
 de misterioso seno,
 para darme esa mística embajada....
 Si Dios te escogió á tí, ;Dios es muy bueno!
 y lanzó una furiosa risotada.

.

«Espanta, hermanos míos,
 calcular la maldad de los impíos,
 cuando Satán, por permisión divina,
 su amor corrompe y su razón domina.

No hay término ni valla
 que el infierno no salte en la batalla
 que riñe contra el hombre el fiero averno:
 y tan terrible su pujanza estalla,
 que á veces ;Dios eterno!
 parece que quién vence es el infierno.

La tempestad seguía
 bramando en torno de la tienda, y dentro
 el Conde como un loco se reía
 á carcajadas de su extraño encuentro.
 Berta hablaba de Dios y su clemencia,
 que al llenar de terrores la conciencia
 de aquél que le ha ofendido,
 le invita á rescatar el bien perdido
 haciendo penitencia;
 y con frases ardientes refería
 los lances de su larga romería
 á los Santos lugares,
 donde sin duda el mismo Dios, decía,
 trocó en dulce la hiel de sus pesares.
 Y al cabo Berta, tras de un ¡ay! profundo,
 hablando á borbotones
 el lenguaje que á veces las pasiones
 roban al cielo para hablar al mundo,

—¡Roger!—dijo—¡Roger! no me abandones
 en este santo empeño que persigo!
 Mi empresa en mí no acaba,
 ni está en mi salvación todo mi anhelo....
 ¿Te acuerdas?... fui tu esclava....
 partí el pecado y el baldón contigo,
 ¡y hoy quiero rescatar contigo el cielo!....
 Y al oírlo Roger, muy agitado,
 vocifera:—¡Ese lazo de pecado,
 yo no quiero olvidarlo ni romperlo!...
 eras mía.... te fuiste... te he encontrado....
 ¡pues bien! ¡ahora volverás á serlo!—
 Y otro golpe de tos, muy repetido,
 tuvo por largo espacio
 el relato del cura interrumpido,
 hasta que al fin, con ademán rendido,
 pudo seguir y dijo muy despacio.



«Ya veis... la tos me rinde, y la fatiga
 á ser más breve á mi pesar me obliga.

¡Qué cosa tan amarga, hermanos míos,
 es verse cual me veis en el espejo
 de esta flaca vejez!.. Mis pobres bríos,
 los tiene el alma, pero el cuerpo es viejo.
 Soy ya la flauta rota de un artista,
 que apenas entre silbos dá una nota...
 pero, cómo ha de ser, si no hay flautista
 que pueda tocar bien con flauta rota!

La existencia del Conde fué siguiendo
 su curso tormentoso,
 buscando y encontrando sin reposo
 placeres en la paz, botín riñendo,
 sin que jamás abito
 diera tregua al satánico apetito
 que ardía en sus entrañas
 de hollarlo todo y enlodar la tierra,
 con las torpes hazañas
 que le hicieron famoso en paz y en guerra;
 hasta que al fin—¡que siempre llega!—un día,
 el hombre aquél, tan fuerte,
 en medio del bullicio de una orgía
 sintió el aldabonazo de la muerte.
 Al ver que sin remedio se moría,
 recordó en un segundo su existencia;

y el que nunca tembló ante el enemigo
 tembló ante su conciencia,
 que con voz pavorosa le gritaba:—
 ¡Roger! tu vida acaba,
 y empieza tu castigo!
 Si el rayo vengador no te dió espanto
 ni pudo el sacrilegio detenerte,
 ahora trocarás tu risa en llanto
 y no se apiadará de tí la muerte.—
 Angustias, hondos ayes, desconsuelo...
 ¡qué terror al mirar su alma perdida!
 Allí fué el maldecir mirando al cielo
 las torpes horas de su impura vida;
 allí fué el declarar ferviente guerra
 á las empresas de su vida loca,
 y hacer mil votos de cubrir la tierra
 con lágrimas y besos de su boca,
 hundiendo humildemente
 en el polvo rastrero aquella frente
 antes soberbia y al morir rendida!...
 Y Dios omnipotente,
 cuyo poder de su bondá es medida,
 oyendo el clamoreo suplicante
 del pecador contrito,

pagó la contrición de aquél instante
 llamando al Conde á su regazo amante,
 á gozar de la gloria en lo infinito!...
 que es lo que á todos, como á mi, deseo,
 en el nombre... ¿Las seis? ¡qué disparate!
 ¡Señor... lo estoy oyendo y no lo creo!...
 ¡Ya las seis!... A ver, Juan, dáme el manteo,
 y andando... ¡Estará bueno el chocolate!•

Con esto, el buen rebaño, edificado
 por aquella lección de amor divino,
 besó la mano del pastor amado;
 y al irse el cura y Juan por su camino,
 se marchó cada oveja por su lado.

ENCANTOS Y DESENCANTOS.

I

No hay en el mundo altura,
como las cumbres de la ciencia pura.
Las cosas de la tierra no decrecen,
ni sus tintas vitales oscurecen

miradas de región tan elevada;
 las cosas hacen más, desaparecen:
 y así hay hombre de ciencia bien probada,
 como el doctor Losada,
 que siendo un sabio, de saber profundo,
 de cuanto ocurre en éste bajo mundo,
 con todo su saber, no sabe nada.

II

Harto supo, es verdad, lo qué es la vida,
 y qué es sufrir y qué es llorar por dentro,
 la noche aquélla, que el doctor no olvida,
 en que el alma sintió como perdida
 y arrancada por fuerza de su centro.
 Con ensueños de amor y de fortuna,
 —que son, con bellos nombres,
 el barro, pluma y paja de los hombres,—
 hizose un nido, que después fué cuna;
 mas luego á mano airada de la muerte
 perdió el nido su encanto,

la cuna, en vez de arrullos, tuvo llanto,
 y el buen doctor hallóse de esta suerte,
 de pena el corazón hecho pedazos,
 la esposa muerta y una niña en brazos.

III

Mitigóse despúes—¡todo se calma!—
 de aquella pena el torcedor agudo;
 resignóse á ser cónyuge de una alma
 que ausente le tenía más que viúdo;
 y en tanto que el dolor iba menguando
 y la niña Lucía iba creciendo,
 el amor á la ciencia fué cobrando
 el espacio que el otro fué perdiendo...
 y así, siempre subiendo,
 siempre el cielo midiendo y contemplando,
 la tierra se le fué disminuyendo,
 hasta que, ya bogando
 con rumbo á lo más alto y más profundo,
 puesta en la ciencia su atención completa,

la tierra para él no era ya el mundo:
no era más que un planeta.

IV

Trás la ciencia y huyendo lo ilusorio,
el doctor se encerró en su observatorio,
cuajado de instrumentos
de largo alcance y militar modelo,
cual si allí se fraguaban movimientos
para tomar desde la tierra el cielo.

Embriagóse en el cálculo y manejo
de todo aquel científico aparejo,
con que la mente humana
registra y caza mundos escondidos,
sintiendo, en las estrellas, la lejana
comezón infantil de coger nidos,
y viendo ante la lenta meridiana
la inmensa magestad que abre el espacio,
cual se mira á través de una ventana
la pompa y esplendor de un gran palacio.

Con la frente en las palmas de ambas manos,
sondeando con ojos muy abiertos
los términos inciertos
de unos grupos de signos, muy nfanos
porque ostentan en griego sus arcanos,
y saltando, después, en un segundo,
desde el papel al cielo,
se pasaba en un éxtasis profundo
muchas horas, las más, fuera del mundo,
y unos cortos instantes en el suelo.

Así llegó á sentir hacia el problema,
esa atracción suprema
que ejercen las pasiones y el abismo;
y así llegó á olvidarse de sí mismo,
mirando entre embobado y reverente
los sublimes trayectos estelares
trazados sin cesar sobre su frente,
como trazan con vuelo diligente
las palomas sus vuelos circulares
en torno de los altos palomares.

Y como en plena exaltación no hay modo
de ver lo justo y nada más, Losada
lo hallaba arriba, con la ciencia, todo,
y abajo, con el mundo, poco ó nada.

V

Lo poco que en el mundo distinguía,
 era el rubio capullo de su esposa,
 la pequeña Lucía,
 que por rubia, callada y vaporosa,
 solíala llamar «Mi nebulosa.»
 Y era, en efecto, la expresión viviente
 de un ser con alma y cuerpo indefinidos.
 La voz, el porte, el gesto indiferente,
 los ojos—dos ojazos celestiales
 siempre en su azul perdidos,—
 mostraban claramente
 que en la mate blancura de su frente
 faltaban muchos besos maternos...
 los únicos cariños
 que oxigenan el alma de los niños:
 cosas que no vela el gran Losada,
 que al sentar á Lucía en sus rodillas,
 y notar la quietud de su mirada,

y el blanco virginal de sus mejillas,
 y el abandono inerme
 de aquél sér semejante á un angel preso,
 murmuraba tan solo al darle un beso:
 —«Mi nebulosa aún duerme;»
 volviendo á su científico cuidado
 feliz y en que dormía confiado,
 cual si viera en aquella somnolencia
 las potentes murallas de la China
 alzarse en derredor de la inocencia...
 ese imperio celeste que termina
 en las costas del mar de la conciencia.

VI

Que así fuera el doctor, no es maravilla.
 Una vez sucedió —y si es conseja,
 no importa, va de cuento,—que una vieja
 llegó á vieja con alma tan sencilla,
 que uniendo en una imagen y una idea
 el loro que tenía y la paloma
 del altar de la iglesia de su aldea,

iguales sin faltar punto ni coma,
se encontró en ocasiones
rezando sus nocturnas oraciones
puesta ante el loro con tal fé de hinojos,
cual si viera á Dios mismo ante sus ojos.

Y al notar, según cuenta la conseja,
que se iba á morir, la buena vieja
dirigió una tiernísima mirada
al ave azul y verde embalsamada,
y ante ella hincando el corazón de hinojos,
con la más santa calma
á Dios entregó el alma,
dando besos al loro con los ojos.

Pues así, de esa suerte, mansamente,
se vió envuelto el doctor en la corriente
que juntaron la ciencia y sus pesares,
formándose en su mente
una blanda y letal filosofía,
que la propia ilusión embellecía
con la luz de celestes luminares.

Como Vénus, la Tierra, Marte, Urano,
giran en torno al sol, y el más lejano
siente menos la ley ó sufre poco
la atracción poderosa de aquél foco,

así—pensó el doctor—vista por dentro,
la vida es un sistema
que gira en torno del dolor, su centro.
Alejar el dolor: ¿no hay más problema!
Y solía añadir con fatigados
acentos quejumbrosos:

«Los vecinos del sol ¡qué desdichados!
los vecinos de Sirio ¡qué dichosos!»

Cuando más realista se creía,
llegaba hasta exclamar:—«¡Pobre hija mía!
Hay que envolverle el alma de manera,
que no la hiera ni la enturbie nada:
que no llegue siquiera
á sentir la atracción de las pasiones,
y guardarla—añadía el buen Losada—
como un frágil juguete, entre algodones.
Después, cuando despierte del letargo,
mejor cuanto más largo,
que hoy guarda su reposo
en las nieblas de un sueño venturoso,
yo te daré, bien mío,
contra el ataque rudo
del dolor, ésta ciencia en que confío,
éste amor sin sentidos que es mi escudo!»

Y al brotar de sus labios con vehemencia
el credo en los milagros de una ciencia
que le hacía esperar cosas tan grandes,
quedaba muy erguido, sonriente,
mirando al cielo azul, como un valiente
que acaba de poner su pica en Flandes.

VII

Al bajar el doctor de su atalaya
se sentía tan fuera de su centro,
como el marino que al tocar la playa
se vá tambaleando tierra adentro.

Ni siquiera advertía
que iba ya siendo una mujer Lucía,
muy distante de aquélla nebulosa
en cuyo seno todo afán dormía,
como él beatamente aun la creía,
sin notar que el capullo de su esposa
ya era más que capullo flor abierta,
y á más de flor abierta, muy hermosa,

y á más de muy hermosa, muy despierta;
pues aun viviendo en la tediosa calma
que de todos los sabios es señora,
la juventud, despertador del alma,
cuando llega su hora, dá la hora:
hora hermosa, inefable, fugitiva,
que en un segundo de pasión aviva
los gérmenes de todas las pasiones;
hora encantada y bella
que deja en el oído eterna huella
de amantes vibraciones,
y que Lucía oyó, con infinito
placer, sonora y repicando gordo,
en tanto que su padre, el muy bendito,
con los aires de arriba estaba sordo,
y á más de sordo, ciego,
y á más de sordo y ciego tan lejano
de los caminos de este mundo lego,
como aquél sabio, del doctor hermano,
que embebecido en su celeste gozo,
mirando arriba se cayó en un pozo.

VIII

El pozo en que también cayó Losada,
no era pozo en verdad de cal y canto;
ni se ahogó, ni al caer se rompió nada;
tan solo se hizo añicos el encanto
que inflamaba sus éxtasis de santo

Cuando lleno de fé se imaginaba
que era la ciencia el verdadero cielo,
y más la codiciaba
cuanto más lo alejaba de este suelo,
carcel un día de mentidas glorias
que olvidó como inútiles memorias;
en el instante mismo
en que pensó ¡inocente!
haber llenado el doloroso abismo
con montañas de arrugas de su frente,
saliendo victorioso de la prueba
de enterrar la fé vieja en la fé nueva;
entonces, digo, cuando más seguro
se hallaba con su ciencia redentora,

la realidad traidora
le puso el pensamiento en grave apuro,
mostrándole á Lucía
que leía una carta y la besaba
con tan grandes excesos,
que costaba saber si es que leía
ó si la carta se comía á besos.

—¿Qué lees?—sorprendido ante aquél modo
de amoroso leer, dijo Losada;
y aunque era aquél papel, para ella, todo,
contestó de repente:—Papá, nada.

—¿Nada, niña, y lo escondes?
Algo es eso...—No... no—Pues no lo escondas,
dime qué és... ¿no respondes?
pues vaya, dámelo sin que respondas.—
Y pálida y callada, dió Lucía
una carta al doctor, que así decía:

IX

«Lo que siento por tí, tesoro mío,
no has de hallarlo en los trazos de mi pluma;

al quebrarse en espumas canta el río,
pero al cabo su voz no es más que espuma.

Y es tan dulce, tan hondo y tan inmenso
el caudal de ternuras que me llena,
que asombrado de amor, á veces pienso
que este mundo tan malo es cosa buena.

Como todos luché y caí cual todos;
la fé se me perdió... ¡fué grande herida!
y hallé duda y dolor, por varios modos,
empedrando el camino de mi vida.

¡Tú sola! solo tú, ser bendecido,
fuiste colmo viviente de mi anhelo;
tus ojos levantaron al caído,
que al creer en tu amor creyó en el cielo!

Te debo la existencia, el sér, el alma...
¡te debo la conciencia de mi gloria!
Cuando me dé la eternidad su calma,
prometo alzar un mundo á tu memoria.

Un mundo, como tú, todo poesía,
digno escabel de tus divinas plantas:
copiaré tu mirada, y será el día,
las aves cantarán como tu cantas,
y no habrá ser allí, grande ó pequeño,
que no sienta, por ley de su existencia,

el afán de llegar, como yo sueño,
á fundirse en un beso con tu esencia!

Perdóname, Lucía, ésta quimera,
con destellos de amor entretegida;
sólo tengo mi vida, y yo quisiera
dar en pago á tu amor más que mi vida.

Y al decirte ahora ¡adiós!, embebecido,
con alma y labios, dulce bien, te llamo.
¡Ház que vuelva á sentir junto á mi oído
la divina canción de aquél ¡te amo!•

X

El golpe fué tan rudo
y la sorpresa del doctor fué tanta,
que pasó largo espacio antes que pudo
soltar la voz y desatar el nudo
que apretó aquél papel en su garganta.

Mas cuando ya la lengua
sintió libre del choque violento,
entonces vió, del pensamiento en mengua.

que también se le ataba el pensamiento.
 ¿Qué era, santo Dios, lo que pensaba?
 ¿Por qué, con quién ó contra quién luchaba?...
 y al verse en el laberinto tan obscuro
 y en lo que iba á decir siempre pensando,
 arrimado al silencio, como á un muro,
 tomó el partido de seguir callando.
 A su vez, la muchacha, que leía
 tras de aquella expresión, claros enojos,
 empezó por sentir que álguien cubría
 de sombras y de lágrimas sus ojos;
 mas no tardó Lucía
 en pensar que era injusta tanta pena.
 —«Cómo puede ser mala—se decía—
 una carta de amor tan dulce y buena...»
 Y juzgando invencible este argumento—
 digno de sustentar cualquier palacio,
 de esos que en un momento
 fabrica un soñador con luz y viento
 en los grandes solares del espacio,—
 se creyó más segura que una roca,
 huyeron de sus ojos los agravios,
 y en la roja penumbra de sus labios
 brillaron los tesoros de su boca.

XI

Así, gentil Lucía, diste prueba
 de ser mujer cabal, digna hija de Eva;
 de aquélla en quién Dios quiso
 que viendo antes que Adán el paraíso,
 guardase eternamente condensada
 la luz del paraíso en su mirada;
 y así, porque Dios quiso que así fuera,
 siempre que Eva y Adán, á un tiempo mismo,
 se lanzan á salvar cualquier abismo,
 como ella en ver la luz fué la primera,
 le lleva al pobre Adán la delantera:
 cual le llevó á Losada,
 con rápida visión, sin saber nada
 de tanta ciencia como al padre abrumba,
 aquella niña que sabía, en suma,
 lo que sabe una niña enamorada:
 lo que saben y enseñan las mujeres
 desde Eva hasta hoy, todos los días,

pues creo que hay, entre esos lindos seres,
de cada cién mujeres, cién Lucías.

XII

Por fin, cansado de mascar Losada
cosas muy elocuentes,
que tronaban en su alma atribulada
sin que el eco pasara de los dientes,
dejó escapar la angustia de su pecho
diciendo, trás de un ¡ay!—«;Niña qué has hecho!
Esa ilusión que á ser tu cielo aspira,
es una venda que el prudente arranca!
Yo la adoré, y ésta cabeza... mira:
la química feroz de esa mentira,
en una noche me la puso blanca.
¡Aparta niña mía...! Sí, ya escucho
lo que vas á decirme: que exagero...
—No lo sé—Pues ¿qué sabes...?—Que le quiero.
—;Ilusión!—No papá... ¡le quiero mucho!
—Más te quiero yo á tí... por eso lucho,

por tu dicha.—Sin él, no se me alcanza.
—Defiendo tu razón!—;Yo mi esperanza!
Y después de agotar, ambos muy tiesos,
entre un turbión de lágrimas y besos
el arsenal que cada cual tenía,
se quedó cada cual con su porfia.

XIII

La noche del doctor fué tormentosa.
Luchó con alma airada y mal despierta,
por volver á cerrar la triste fosa
de la adorada muerta,
de nuevo ante él de par en par abierta.
Buscó como un demente
el vigor de su fé, llamando á aquéllas
imágenes de paz que eran tan bellas,
cuando las vió en su mente
á la luz de la ciencia y las estrellas...
Y al amor que apresó en traidora malla
la noble inspiración de su denuedo,

le llamó como un loco—¡dios canalla!
y al par que le injurió, le tuvo miedo.

Luégo con nuevo brio
volviendo el pensamiento á sus ideas
y á la tierra mirando con desvío,
•¡Urania!—murmuró—bendita seas!
Mas esa bendición le dejó frío,
pues vió confusamente
que si el amor, cuando no hiere, miente,
engaña de igual modo
la ciencia que promete darle todo.
•¡Y qué ha de dar!—en ocasión tan grave
rugió el doctor—si en su poder no cabe!
La ciencia, al fin y al cabo, se compone
de un poco que se sabe,
y un mucho que se sueña ó se supone.
Donde la voz de la experiencia calla,
la hipótesis gallarda se echa á fuera
llevando á la batalla
furgones de teorías por metralla,
y el horror al vacío por bandera...
¡Santo horror! que al espacio de igual modo
que al hombre grita—¡hay que llenarlo todo!
con éter la infinita lontananza,

con sistemas de mundos las alturas,
los mundos con enjambres de criaturas,
y el hombre con semillas de esperanza!..
Mas como nunca el gran tonel se llena
ni aparta su ancha boca de delante,
¡así vá el alma!... ¡la danaide en pena!
¡la eterna mendicante!
recogiendo á través de las edades,
palmas á veces, otras veces iras,
y aquí toma un bocado de verdades,
y allá cena y se acuesta con mentiras!•

Y al sentir la amargura
de aquella confesión, la calentura
tendió á Losada en el ardiente lecho,
donde agitaba con terror los brazos
soñando que un planeta, hecho pedazos,
se le estaba cayendo sobre el pecho.

XIV

Quando al siguiente día,
recobrando el doctor su sangre fría,

volvió á tener de sí conciencia clara,
lo primero que vió, junto á su cara,
fué la cara llorosa de Lucía.

Sus ojos, bajo el cerco amoratado
que el insomnio febril dejó pintado,
quisieron sonreír,... y ella, indecisa,
no supo descifrar aquél misterio,
de si era alegre ó triste una sonrisa
parecida á una flor de cementerio.

Luégo, trás breve pausa,
cruzaron frases sueltas, charla lenta,
como temiendo despertar la causa
que trajo la tormenta;
y así pasó aquel día, y otro día,
y otros muchos después, sin que Lucía
oyese de los labios de Losada,
contra su amor, ni una palabra, nada.

•A qué hablar de estas cosas—se decía
el doctor razonando su mutismo,—
si no sabe... si no me entendería...
caso de que me entienda yo á mí mismo.
¿Que ama mucho? Pues bien; despues de todo,
sí en su sueño es feliz, sueñe á su modo
que en los trigos de amor todo es centeno!...

Ya llegará á ver claro,
si el soñar de la vida es lo más bueno,
que el soñar de la vida es lo más caro!•

ÍNDICE.

<i>Carta.—Dedicatoria</i>	VII
<i>Ilusiones y mariposas</i>	1
<i>La noche de Juan Soldado</i>	17
<i>La experiencia</i>	23
<i>La araña</i>	31
<i>Fantástica</i>	37
<i>¡Cómo ha de ser!</i>	55
<i>La noche de Reyes</i>	63
<i>Marinas lequeitianas</i>	71
<i>Rayo de luna</i>	79
<i>Paseo en bote</i>	93
<i>La hoguera</i>	101

<i>La correo</i>	107
<i>Ausencia.</i>	113
<i>A orillas del Perdigón</i>	117
<i>Miel que mata</i>	127
<i>¡Hoy sale, hoy!</i>	129
<i>El tormento de Noche-Buena</i>	131
<i>El amor de las palomas</i>	135
<i>Juicio oral</i>	143
<i>No llores.</i>	149
<i>El molino de la huerta</i>	153
<i>Cuento de cuentos</i>	157
<i>In illo tempore</i>	165
<i>Encantos y desencantos.</i>	177

*Este libro se acabó
de imprimir en
Lérida, en casa
de Sol y Benet,
el día 11 de
Mayo de
1895*



